

LA VIDA DE PARÍS

POR

UNA ARGENTINA

LA CIRCULACIÓN EN PARÍS. — LA VIDA DE HOTEL.

LA VIDA DE APARTAMENTO.

LOS SIRVIENTES. — LA VIDA DE AFUERA.

LAS DIVERSIONES PÚBLICAS. — LA DIVERSION DE VIAJAR.

LA PROPINA Y SUS DIVERSAS FORMAS.

LA VIDA DE RELACION. — EXTRANJEROS Y FRANCESES.

LA CORTESÍA DE LOS FRANCESES.

CONTRIBUCIONES SOCIALES. — EL *rastacuer*.

COSTUMBRES. — LOS CASAMIENTOS. — LA VIDA DEL HOGAR.

LAS MODAS. — COSTURERAS Y MODISTAS.

LAS COMPRAS EN PARÍS. — LAS GRANDES TIENDAS.

LOS MÉDICOS. — LOS ENTIERROS Y LOS LUTOS.

BUENOS-AIRES

MONTEVIDEO

FÉLIX LAJOUANE

A. BARREIRO Y RAMOS

LIBRERO-EDITOR

LIBRERÍA NACIONAL

1889

L 210-36

LA VIDA DE PARIS

POR

UNA ARGENTINA

I

LA PRIMERA impresión al llegar á París. — Un poblado desierto. — La circulación en las calles. — Contraste con Buenos Aires. — Los coches no se detienen. — Los omnibus. — La facilidad de los coches y su baratura. — Los cocheros. — Las francesas en la lluvia. — La necesidad las obliga. — El encierro de los apartamentos. — Sin ver gente. — Las plazas y paseos llenos. — Las criaturas en ellos. — Como anda una mujer sola. — Menos atrevidos que en Buenos Aires. — Las señoras y los niños aquí y allí. — El saludo social y el saludo á los muertos.

Cuando recién llegué á esta gran ciudad, recordé en el momento, lo que dice la *Traviata* : *Este poblado desierto que llaman París*, cuyo sentido antes no había comprendido.

Al encontrarse uno en esta inmensa ciudad, en medio de desconocidos, se siente la misma impresión que en el desierto, cuando no se aperciben poblaciones; se siente el alma oprimida, y un primer suspiro por la patria, se escapa de ella con fuerza.

No sucederá esto á las que tienen la dicha de ser recibidas por amigos en la estación del ferro-carril, pero me sucedió á mí, que llegaba sola, y con familia para guiar y colocar.

La primera noche de hotel me fué muy triste, pero al día siguiente me animé, al recibir las instrucciones de su propietario, y me lancé á las calles á ver lo que era esto, de que me habían hablado tanto, desde criatura.

La circulación de los coches y de las gentes, no dejó de parecerme extraña. Nadie me daba la vereda como en Buenos Aires, ni me saludaban, ni me mira-

ban, como allí. Traté de atravesar la primera calle, y ningún cochero quiso pararse para dejarme pasar; así es que tuve que correr hasta la otra vereda, y después, pensando un poco en esto, me convencí de que en las grandes ciudades no puede ser de otro modo, porque si los coches fuesen á detenerse para cada persona que quiere atravesar, no podrían circular. Por esto es que aquí las que van á pie, son las que tienen que cuidarse, y los cocheros no se ocupan de ellas, tanto menos, cuanto que todos están abonados en compañías de seguros, que pagan los daños que llegan á causar, en caso de accidente.

La municipalidad ha tomado sus precauciones para evitar aquellos en lo posible, y en las esquinas de los boulevares de más circulación, se han hecho redondeles de vereda, en medio de la calle, que se llaman *refugios*, para acortar los espa-

cios que las gentes tienen que atravesar.

Al principio tenía yo cierta resistencia para subir á los omnibus, que circulan en todas direcciones, creyendo que no iba en ellos la gente bien; pero poco á poco me he ido acostumbrando, porque van las señoras paquetas, y así, por seis centavos de esa, ando de un extremo á otro de París, con la correspondencia.

Los tramways, que solo corren en ciertas direcciones, y no en los barrios centrales, caminan tan despacio, que da impaciencia.

Por supuesto que si ando en omnibus es por economía mayor, porque los coches son sumamente baratos, pudiendo ir de un extremo al otro de París por 30 centavos nuestros, y á la hora por 40.

Hay siempre que dar cuatro ó cinco centavos de propina, sin lo cual el cochero arma una gritería en la calle, y no hay más que pasar por esto, porque es una

costumbre, y es preciso pensar que es eso lo que él gana, no teniendo otro sueldo.

Los coches no faltan en ningún barrio de París, y á cada paso hay estaciones de ellos, así es que si uno va á una comida ó á una soirée, no hay necesidad de conservar el coche, sabiendo que á la salida, el portero de la casa le proporcionará otro, siempre por aquellos precios.

Una cosa que me admira siempre, es como andan las señoras de aquí, aunque esté lloviendo, ó todo esté lleno de barro. Esto no las detiene para hacer sus compras, y con sus vestidos levantados y sus zapatos de goma, no temen al mal tiempo. Es verdad, que si no saliesen así, tendrían que vivir encerradas, en la mayor parte del año, en climas inclementes, como éste.

Además, hay que considerar que la casa que se habita aquí, no es como la casa entre nosotros, que tiene un gran

fondo, y permite hacer ejercicio; que tiene varios patios y mucho aire; que generalmente es baja, y en la que sus ventanas permiten ver todo el movimiento de afuera.

Aquí los apartamentos son altos. Se vive hasta en cuartos y quintos pisos, de los que, con los balcones cerrados no se vé la calle, fuera de que no todos dan á ella, sino al interior. Todos son muy encerrados, y si se quiere aire, hay que buscarlo afuera.

Todo esto empuja á las señoras á salir, y además la necesidad de cambiar de vistas, de ver gente, ya que con esa costumbre de no recibir sino en un día de la semana, se ven privadas del contacto con las amigas.

De esta necesidad de salir viene el que las calles, y los paseos, estén siempre llenos de señoras, cuando hace buen tiempo, y que se vean en ellos criaturas

aun haciendo malo, pues de otro modo, constantemente encerradas éstas en esos calabozos, no se criarían sanas.

Recien he venido á darme cuenta de este continuo salir de las señoras y niñas, y veo cómo contribuye esto á dar á esta ciudad la animación, que no tienen otras.

Los paseos, las plazas plantadas de árboles, están siempre llenas de gente que pasa allí parte del día, y la existencia en ellos de cafés, tiendas de juguetes y de refrescos, calesitas y otras cosas, vienen á ser una necesidad que produce renta á esta municipalidad, permitiéndole mantener algunos de esos paseos, como el de los Campos Elíseos, sin gastar en nada, con solo el alquiler que esos negocios le pagan.

Quizá se estén preguntando los que lean esto, cómo yo, mujer sola y joven (lo puedo decir), viajo, y ando sola sin

hombre, por estos mundos. Contesto que nada es más fácil aquí que esto, que es tan difícil en Buenos Aires.

No falta de cuando en cuando algún atrevido que me siga, y aun, que se acerque y empiece por « Madame, » pero pronto cesa su persecución en vista de mi silencio, pues esto es lo que hay que hacer, y no enojarse y decir algo, lo que aquí toman los hombres por buen signo, desde que muchas de las que no están lejos de aceptar galanterías, empiezan por enfadarse.

Por supuesto que no hay que salir sola de noche, ni ir así al teatro; pero de día anda uno mejor que en Buenos Aires, donde á cada unas cuantas varas se encuentra uno con un güarango que le dice algo, y con muchos que le echan miradas provocativas.

Aquí sirve de mucho para ser respetada, el ir siempre sería por su camino, sin

movimientos, ni esa presunción visible que tenemos en Buenos Aires, ni mirando á los hombres, como allí, porque aquí nos tomarían por otra cosa, como toman los extranjeros á nuestras niñas, en el primer momento de su llegada á esa ciudad.

Y á este respecto debo decir, que las niñas solteras que van aquí por la calle con sus madres ó institutrices, parecen hermanas de la caridad, al lado de las nuestras.

El saludo aquí mismo, se hace con cierto recato en la calle, y quizá todo esto viene, de que aquí figuran forzosamente entre la concurrencia del día, muchas mujeres de vida alegre, que se reconocen por sus movimientos, y sus miradas llenas de desfachatez.

Y ya que de saludos hablo, voy á terminar esta parte, recordando la buena costumbre de saludar aquí á los muer-

tos en el entierro que pasa, lo que significa el último adiós al que deja de compartir con nosotros los goces y sinsabores de esta tierra. Es un adiós que significa ¡hasta la vista!

Las mujeres reemplazan ese saludo de los hombres, por el signo de la cruz, que lo hacen ya sea yendo á pie, ó en carruaje, ó dentro del omnibus, cuando se vé pasar el muerto.



II

Cómo se vive aquí. — La vida de hotel. — Se pierde el nombre. — Un número como en las Penitenciarías. — La comida francesa en el hotel, en el restaurant y en la casa. — La explotación está en eso. — Hasta donde llega. — La vida de apartamento. — El apartamento amueblado, y la explotación. — Cómo la roban á uno. — El apartamento sin amueblar. — Cómo se alquila. — Todas las facilidades para el inquilino. — Comodidades para vivir aquí. — Todo lo necesario en el barrio. — Las cocineras y sus mañas. — Las sirvientas. — Facilidad para cambiarlas. — Los porteros. — Un enemigo dentro de la casa. — Las lavanderas. — El enemigo de afuera.

Tengo que hablar un poco de la manera cómo se vive aquí, principiando por la vida de hotel, que es, naturalmente, la primera que se conoce.

Es esta vida la que más se extraña

•

cuando se llega aquí, y después también, la que más cansa.

Acostumbrada uno, á ser allí la señora de Tal, nombrada siempre y respetada, se siente empequeñecida al encontrarse en un hotel, designada, como en la Penitenciaría, con un número. Se empieza, pues, por perder el nombre, y por más tiempo que se quede en él, los sirvientes, y todo el personal no la conocen sino *por la número Tal*.

Impresiona el oír decir en un hotel : *el número 54 está enferma; el número 70 se está vistiendo; el número 63 es casada; el número 17 no tiene hijos; el número 15 está embarazada.*

He dicho que el hotel es también lo que más cansa, y es, no sólo por ese modo de vivir, sino por la comida, que en el mejor, deja de parecer buena á los pocos días, y produce un desencanto sobre la ponderada comida francesa.

•

La comida de la mesa redonda del hotel, tiene toda el mismo gusto. La carne, como las aves, antes de ser asadas, sufren siempre un hervor para sacar un caldo, y pierden su gusto. Una misma salsa sirve para varios platos, y todo por economía, porque aquí la gran explotación está en la comida, y es en eso en lo que ganan los hoteleros.

Lo mismo sucede en los colegios para los niños, donde se calcula darles una alimentación apenas suficiente para sostener sus fuerzas. Dicen, que aun en los establecimientos particulares de sanidad, y en los de locos, se hace la misma explotación, por más extraño que esto parezca, en esa clase de casas.

El extranjero que quiere conocer la comida francesa, tiene que buscarla en los grandes restaurants, *á la carte*, que son bien caros, y en los que cada plato es hecho para el cliente.

Por supuesto, que preferible es aun la de la casa particular, pero yo siempre encuentro que mejor comida francesa se come en Buenos Aires, y esto lo explico, diciendo que la abundancia de carne permite dar otro gusto á los platos, por los buenos caldos que se pone en ellos.

La vida de apartamento es por cierto la mejor, y no comprendo cómo haya quien no la haga. No es muy alegre, porque en él se vive aislada, sin conocer á ninguna de las 10 ó 15 familias que habitan el edificio, pero al fin, uno es dueña de su casa, y hace en ella lo que quiere.

No teniendo que estar mucho tiempo, lo que conviene es el apartamento amueblado, por más que se tenga la aprensión de que en él se enfermó ó murió alguien, y hay que tomarlo con todo lo necesario, desde los muebles hasta la loza y los cristales. El inquilino tiene

solo que llevar los cubiertos ,y las ropas de comedor y cama.

Es esto muy cómodo, pero tiene sus *contras*. Los que los alquilan, hacen con ellos una gran explotación, y es preciso cien ojos para recibirse de todo, con el prolijo inventario que tienen preparado, y en el que, cada manchita en la alfombra ó mueble, cada rotura, cada raya en la madera ó en el marmol, deben estar indicados.

Parece esto muy sencillo, pero siempre resulta, aunque uno solo haya estado un mes en un apartamento, que hacen aparecer muchas manchas y roturas, que no se vieron al principio, y el propietario obliga á pagar el daño, sin recurso para uno, importando esto, muchas veces, algunos cientos de francos.

Algunas roturas imperceptibles, las hacen pagar á cada inquilino, porque

nadie se apercibe de ellas al ocupar el apartamento.

Es una explotación, pero hay que pasar por ella, con tal de vivir en su casa, la que, según se vé, es más agena que de uno.

Pero esto se puede aceptar sólo como una situación provisoria, para el que tiene que quedar poco tiempo. Si se ha de permanecer dos á tres años, lo más conveniente es tomar un apartamento sin muebles, y amueblarlo por su cuenta.

Estos se alquilan siempre con contrato, y generalmente por tres años, con acción por parte del inquilino á quedar otros tres, y otros tres más; en todo nueve años.

El propietario alquila el apartamento con espejos encima de las chimeneas, y otros que están fijos en las paredes, y la cocina pronta para servir. Además, él lo hace empapelar, escogiendo el inqui-

lino los papeles á su gusto, así como los colores de las pinturas de las puertas.

Todo lo que toca á las paredes se hace con el consentimiento del arquitecto, pues cada casa tiene el suyo, y él mismo hace la entrega del apartamento, formando un inventario, en que se hace constar el estado de los pisos, paredes, techos, vidrios, y de todo lo que entrega el propietario, para que el inquilino la devuelva en el mismo estado, al dejar su contrato.

Si para instalarse ocupa uno á obreros de gas, herreros ó carpinteros, y estos presentan cuentas exageradas, la ley establece que uno pueda apelar ante el arquitecto, quien puede reducir esas cuentas, teniendo aquellos que conformarse con su fallo.

Como se vé, la situación del inquilino es de preferencia aquí, mientras que en

nuestro país los propietarios ponen la ley, no hacen contrato, entregan las casas sucias, y se reservan el derecho aun cuando el inquilino hiciese mejoras, de echarlo de la casa á los pocos meses de ocuparla.

Los contratos aquí establecen las exigencias naturales, á fin de salvar la casa de daños, y nada más.

En España, ponen esta cláusula : que el propietario se reserva el contenido de las letrinas. ¡Que se lo coma! dijo un Argentino al ver esta cláusula en Barcelona, y firmó el contrato.

Al ocuparse aquí un apartamento, hay que asegurar sus muebles, y los del vecino de arriba, en previsión de un incendio.

Así empieza la verdadera vida de casa, para la cual en ninguna parte hay más facilidades que aquí.

Puede decirse que todo se encuentra

en el barrio, al lado, - al frente, en la esquina de la casa. En el espacio de una cuadra de las nuestras, se tiene la carnicería, el puesto con las verduras y las frutas, la panadería, la cremería con la leche, la manteca y los huevos, la fiambrería, la confitería con los postres, y por puesto, que tres ó cuatro almacenes de comestibles y bebidas, y la carbonería.

Mucho de esto se puede hacer venir á la casa, pero mucho no, y hay que dejarse robar por la cocinera, que, *por derecho* admitido aquí, toma un centavo de esa, de cada veinte centavos, y cuyo centavo se lo da el almacenero ó puestero, de la plata de uno, naturalmente. Y si solo fuera esto, no sería nada; pero ella va más lejos, en las compras del mercado, y sus grandes víctimas, somos nosotras, las extranjeras.

La sirvienta hace lo mismo, si le

manda á comprar, siempre por la protección del almacenero ó puestero del barrio, que á la señora le vende más caro, cuando se presenta personalmente.

Una cosa buena hay aquí, y es que no hay que sufrir mucho á esa clase de gente, y que si á uno deja de convenirle la sirvienta, ó la cocinera, tomando un coche, se vuelve á la hora de despedirla, con otra, que trae su correspondiente certificado, de la casa donde ha servido.

La vida está arreglada de la manera más económica, y ha de saberse, que el pan que se da al servicio es más ordinario que el que comen los patrones; que el asado y la ave que sobra de la mesa, se guarda para fiambre, y no los comen los sirvientes, á los que se las hace expresamente algún guisote de legumbres, ó con la carne del hervido.

Y ya que vuelvo á hablar de los ali-

mentos, diré que encuentro la carne de estos países muy seca, y con mucho menos sabor que la nuestra, aun cuando es más fuerte; y que las aves son menos gustosas, porque en vez de darles grano, las alimentan con zanahorias y otras legumbres, y en las costas del mar hasta con pescado, que les trasmite su olor y su gusto. En cuanto á la leche, es muy buena cuando se puede conseguir pura, pues aunque este es un pueblo poco religioso, se la bautiza con ganas, como en Buenos Aires.

Por lo que he dicho antes de los sirvientes, se habrá creído que son los únicos enemigos que uno tiene aquí dentro de la casa, pero hay otro más, y es el portero ó portera, que representa al propietario, y depende de él.

Á este personaje hay que pagarle una cantidad mensual, que impone el propietario, pero apesar de eso, se da por

independiente del inquilino, á quien le espía todos sus movimientos.

Cuidado con ponerse mal con él, porque es quien recibe las cartas y diarios de todos, y las retiene por días, cuando está enojado. Si se recibe leña, carbón ó vino, hay que darle parte, y solo así está contento M. Pipelet; tendrá la escalera limpia, y le hará á uno sonrisas á la entrada y á la salida, mereciendo de él el honor de que diga de uno : *¡la inquilina de tal piso es una charmante Señora!*

Hay otro enemigo, pero éste viene de afuera, y es la lavandera, con el que voy á terminar esta parte.

Quien quiera que le destruyan su ropa, que venga á París. El sistema de blanquearla con lejías fuertes, para mayor facilidad y prontitud, la destruye en poco tiempo, y las Argentinas no dejamos de extrañar á aquella doña Cata-

lina ó doña Nicolasa, que nos lavaba las ropas en Buenos Aires en los charcos del Bajo, aunque es verdad, que si aquí las destruyen gastando el género, allí las concluyen perdiéndonos piezas.



III

La vida de afuera. — Razones de ser aquí. — Las familias en los restaurants. — Todos afuera, y aun el perro. — Las diversiones públicas en la vida de los Parisienses. — Los teatros siempre llenos. — Por qué son caros. — Los cabriones que tienen. — Las entradas de favor. — Los días de moda. — Las toilettes. — Lo que extrañan las Argentinas. — Por qué no se divierten en ellos. — Los conciertos de música clásica. — Los conciertos del verano. — Las zafadurias. — Los teatros vedados. — El Eden y Folies-Bergère. — Mercados de mujeres. — Los jóvenes Argentinos. — Pequeños fastidios en los teatros. — La *ouvreuse*, el banquito y las propinas. — La necesidad del cambio en algunas fiestas. — Otra contribución. — La diversión de los viajes. — Locura por el mar. — No para mirar piernas. — Las relaciones en los baños. — Chascos posibles. — Mi consejo.

La vida de afuera, que tanto se critica á los franceses tiene su razón, de ser en el aislamiento en que viven las familias,

y en la costumbre de recibir sólo una vez por semana, cuyas cosas tienen también por origen la economía con que se vive, y la estrechez de los apartamentos.

Ya he dicho como esto último hace salir tanto á las gentes, y llenar calles y paseos, que ofrecen así la animación que no tienen en otras partes.

Las familias que se ven comiendo en los restaurants, no lo hacen por costumbre, sino por razones de interior, falta de cocinera ú otras. En los días Domingos, es costumbre en los pequeños hogares, en tiempo de verano, abandonarlos por todo el día, saliendo temprano, y volviendo á la noche. En ese día, se da licencia á la cocinera, que, en ellos es sirvienta también, y entonces se sale afuera con la familia y con el perro, todos los que comen en el restaurant.

* Las diversiones públicas son una ne-

cesidad en la vida de los Parisienses, y los gastos que ocasionan, forman una buena parte del presupuesto del año.

Funcionan como 25 teatros todas las noches, fuera de los circos de pruebas, y de los cafés-conciertos, en los que también se dan pequeñas piecitas. Todos están llenos siempre, pero es preciso tener presente, que una buena parte de los asientos se dan de balde, lo que los hace caros para los que tienen que pagar.

Es una contribución enorme, que tienen las empresas que pagar con esto. El personal de redacción del sin número de diarios que se publican en esta ciudad, tiene sus entradas, y además solicitan siempre otras para los amigos. Vienen enseguida los Municipales y sus altos empleados, y los de los Ministerios que no se quedan atrás para pedir las, y después todo el personal del teatro, médicos y demás. Todas estas

entradas se llaman *billetes de favor*, y absorven una buena parte de los beneficios á las empresas.

Cada uno de los grandes teatros, como el de la Ópera, de la Ópera Comica, y el de la Comedia Francesa, tienen sus días de moda, á los que están abonados cierto número de familias del gran mundo, que quieren encontrarse entre ellas. En esos días se ven en los palcos y tertulias, las buenas toilettes, y los brillantes, que no se encuentran en los demás.

Las Argentinas extrañamos mucho la mezcla que hay en los teatros, y el no ver á todas de gran toilette, como en los nuestros. Dicen muchas que se aburren también en ellos, porque no ven personas conocidas, lo que quiere decir, que en nuestro país no asistían por la representación.

Es verdad que muchas de ellas no

poseen el Francés, como para comprender las gracias de las piezas dramáticas; pero ahí están la Ópera y la Ópera Cómica, que como conjunto, no son superadas fácilmente en parte alguna.

El invierno es, como debe suponerse, la gran época para las diversiones públicas, y es entonces que se extreman las mejores óperas ó piezas. Es la estación también de los grandes conciertos de música clásica, por el estilo de los que acostumbraba dar en Buenos Aires la Sociedad del Cuarteto, y los que aquí tienen lugar los Domingos de día.

He asistido á algunos, y como ejecución son una maravilla; pero no siendo uno música, digo francamente que uno se aburre, como se aburriría una señora en una discusión del Congreso, á menos que fuese alguna de aquellas en que nuestros diputados se dicen cosas, como los puesteros de mercado.

Estos son los conciertos del invierno. En cuanto á los del verano al aire libre, son interesantes, pero no son para señoras, por la falta de seriedad que hay en ellos, y porque siendo los programas de puras cancionetas, estas son á cual más verdes, y á cada zafaduría, los hombres ponen en conflicto á las señoras, mirándolas, para conocer el efecto que les produce.

Estos últimos conciertos pueden compararse á los teatros, vedados para nosotras, como el del Eden y Folies-Bergère, que son una especie de mercado de mujeres, y á los que si fuesen las señoras correrían peligro de encontrar á sus propios maridos en *malas* conversaciones, ó mal acompañados á tantos de nuestros jóvenes compatriotas, que hacen lo que no hacen los Franceses, que es dar el brazo á esas mujeres, ir á los teatros en palco con ellas, ó en carrua-

jes al Bosque de Bolonia, sin pensar en que en estos lugares se encuentran con familias y señoritas de su país.

No puedo hablar de los teatros y diversiones públicas, sin mencionar algunos fastidios que uno encuentra en ellos, y que los Franceses aceptan, sin murmurar, siempre por aquello de que *es preciso que todo el mundo viva*.

Allí se encuentra el concurrente con lo que llaman *ouvreuses*, que son las *abridoras* de las puertas de los palcos y galerías, y las encargadas de indicar los asientos. Estas, en vez de ser empleadas á sueldo de las empresas, les *compran* á estas la colocación, y explotan la costumbre de la propina. Empiezan por ofrecer un banquito para los pies de la señora, por el que es preciso darles algo, y si ella no lo acepta, al acabar la representación vienen á pedirle *por el servicio*, observándole si uno se resiste, *que con-*

sidere que ese es su pequeño beneficio.

Esto es independiente de lo que se da por guardar los tapados, que se lo toman casi por fuerza, y que es necesario dejarlo, porque los asientos están calculados para estar sin tapado, y casi con el espacio apenas necesario para colocar lo que Dios nos dió. ————— 6

En algunas fiestas se encuentra otro fastidio, y consiste en la necesidad de llevar cambio para que la moneda entre en los aparatos-contadores, por los que uno tiene que pasar. Si no se lleva cambio, no lo da el empleado, y hay que tomarlo en una mesa al lado, en la que se lo dan, pero reteniendo algo como comisión.

Si esto va así, llegará el día en que en la entrada sólo se comprenderá la mitad de la silla, y en que se tendrá que alquilar la otra mitad á alguna *abridora* de cofia y moños de colores, como son todas.

Entre las diversiones de estos países, está la de viajar que no tenemos nosotros. Llegado el verano, es preciso ir á alguna parte, y el furor es ir á la costa del mar, á donde el Mr. Perichon de cada familia es preciso que encuentre casa ú hôtel para colocarla.

Los Parisienses que han estado en sus jaulas durante ocho meses, se desesperan al verse delante del mar, y se pasan contemplandolo de día y de noche. Los baños no les interesa tanto, ni las piernas que se ven en ellos, pues se levantan tanto los vestidos las señoras en las ciudades, para atravesar las calles mojadas ó embaraadas, que eso ya deja de ser una curiosidad.

En los viajes, nadie conversa aquí con su vecino de compartimento, y el sólo promover una conversación, la haría á uno sospechosa. Lo mismo sucede en la mesa redonda, á menos que

en esos lugares de baños, se encuentre uno muchos días seguidos sentada al lado de la misma persona, en cuyo caso es admitido el entrar en relación, pero es preciso no contar con ésta, pasada la residencia en los baños.

Todo esto es una consecuencia natural de la reunión de gente de toda clase en esos lugares, y de la afluencia de aventureras y de aventureros que hay en ellos.

Lo mejor, y esta es mi regla de conducta, es no relacionarse con nadie, ó por lo menos no promover uno la relación, y en caso de aceptarla, poner en ello mucho cuidado, para no chasquearse.



IV

La propina. — Resistencia de los extranjeros. — Después se acostumbran. — El principio de los franceses : es preciso que todo el mundo viva. Los sirvientes reciben propina de afuera. — Los cocheros de la casa y los lacayos. — Quienes se la dan, y porqué. — Los sirvientes de cafés. — Venden sus puestos por la propina. — La propina en las fiestas de sociedad. — La bandejita indicadora. — Caso del Embajador Inglés. — El 1.º del año. — Todos contra el bolsillo. — Desfile de los pretendientes. — Los empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores y los Ministros Extranjeros. — Odiosa costumbre. — Una oposición á la propina. — El periodico *Anti-Pourboire*. — Sus vendedores perseguidos. — Cómo terminó.

No hay nada que moleste tanto al extranjero como la exigencia de la propina, tan arraigada en las costumbres de este país.

No sé si á todos los extranjeros les hace la misma impresión que á nosotras las Argentinas, que nos resistimos á aceptarla, hasta exponernos á pasar por ridículas.

Á los cocheros que, como he dicho, no ganan otra cosa, me pasaba yo, al principio, sin darles nada, y sólo tuve que rendirme ante las griterías que armaban á la puerta del hotel, y que acabaron por darme vergüenza.

Ha sido necesario que pase varios años aquí, para que llegue á aceptar la propina en todas sus formas, y en todos los casos, como la aceptan los franceses.

Cuando ante estos la he criticado, se han encogido de hombros, diciendome : — ¿que quiere V. Señora? *es preciso que todo el mundo viva.*

Y con este principio, no sólo se someten á la exigencia de la propina, sino que la fomentan, y es muy común ver en

los omnibus, dar *un sueldo* (un centavo) al conductor que se acerca á cobrar el pasaje.

Y la propina á los que á uno lo sirven, no sólo la pagan los patrones, sino también los de afuera.

La sirvienta de la casa recibe algo de la costurera y de la modista, cuando traen un vestido ó una gorra para la señora, y lo mismo de la lavandera, cuando trae la ropa.

¿Porqué?

Porque si no lo hacen, la sirvienta estará siempre diciendo á su patrona, que el vestido ó la gorra no son elegantes, ni bien hechos, y la estará así trabajando para que cambie de costurera y de modista. De la lavandera le dirá que lava mal, y que rompe la ropa, y hará algunas travesuras para probárselo.

El fabricante de coches pagará un tanto al cochero por cada coche nuevo que en-

tregue, á por cada compostura. De otra manera, el muy pícaro maltratará el carruaje, para probar que fué mal fabricado, ó mal compuesto.

Si se mandan hacer libreas para el cochero y los lacayos, por la misma razón el sastre dará á cada uno de ellos un tanto, que lo carga, naturalmente, en el valor de ellas.

Se cuenta de algunas personajes que han querido sustraerse á esta imposición, pero que tuvieron que someterse, porque les costaba más caro, viendo pronto destruídos los trajes por sus *fielcs* servidores.

Esto sucede en el hogar con sirvientes bien pagados; así es que no debe extrañarse lo que pasa con los de los cafés y restaurants, que no tienen otro sueldo.

Para estos, la propina es una renta más á menos importante, según el crédito del establecimiento en que sirven.

Por esto es, que el sirviente que sale, vende su puesto á otro, por un precio en relación con lo que produce.

Y lo más curioso de todo, es que los patrones les obligan á darles parte del producto de las propinas, con el pretexto, de que es para hacer frente á las roturas de tazas ó vasos.

Para mí la más odiosa de todas las formas de arrancar propinas, es la que autoriza una costumbre de esta sociedad, en la que sólo se cree cuando se vé. Ella consiste en la que hay que dar á los sirvientes que reciben los tapados, de los invitados á fiestas de casas particulares. No se la piden á uno, pero la indicación de dar, la hacen poniendo una bandejita sobre una mesa, en la que ya han tenido cuidado de poner unas piezas de plata (y no de las más pequeñas), que están como diciendo : *seguid el ejemplo*.

Hasta en las casas de los Ministros se vé la tal bandejita, y ha sucedido, que habiendo seguido la costumbre algunos ministros extranjeros, no ha faltado un Embajador Inglés que haya hecho poner letreros en su palacio, suplicando á los concurrentes á su fiesta, de no dar dinero á la gente de su servicio.

Como debe suponenerse, el gran día de la propina es el día primero del año, que es el día del buen humor, en que todos andan contentos y risueños, porque todos, en sus distintas posiciones, han recibido ó están para recibir algo.

En la conspiración contra el bolsillo todos toman parte, y los de arriba que tienen que pagar, no sufren, porque ya en el presupuesto de gastos del año, se hizo figurar esta contribución.

El cartero del correo trae un almanaque de regalo, y á éste es al que yo le doy de más buena gana, porque siquiera le

da á uno algo. Los demás se contentan con saludos, deseando un feliz año, y así desfilan : el portero de la casa, el que trae leche, el que trae el pan, el carbonero, el basurero, el que limpia los faroles de la cuadra, y hasta el peón que trabaja en la cloaca, y á quien, como es natural, no le ha visto uno nunca la cara!

La cosa va tan lejos, que me cuentan que á los Ministros Extranjeros se les presentan en ese día todos los sirvientes del Ministerio de Relaciones Exteriores, que son diez ó más, y tienen que darles una propina, que por su posición, tiene que ser de piezas de oro.

Parece esto vergonzoso, pero no hay Ministro que lo prohíba, porque la fuerza de la costumbre es muy grande, y porque al fin, *es preciso que todo el mundo viva.*

Hace dos años, se le ocurrió á alguien

publicar un periódico de oposición á la propina, con el título de *Anti-pourboire*.

Apareció algunos días, pero cesó de publicarse, porque los que dan no le hacían caso, y los que reciben la propina, le hacían una guerra á muerte. A los muchachos que ofrecían el periódico en las calles, salían los mozos de los cafés y les pegaban, y á tal punto los perseguían, que creo que dejó de publicarse, por no encontrar quien lo vendiera.

Puede decirse, que á la propina nadie se escapa en este país, y ni los niños de las escuelas, pues en la cuenta que los padres pagan por ellos, figura siempre una partida así: *pour etrennes*, que es la propina para los sirvientes.



Dificultad para relacionarse con los franceses. — La razón de esto. — Son poco hospitalarios. — Los extranjeros viven entre ellos. — Los Argentinos. — Cómo imitan las costumbres de aquí. — Exageraciones. — Aquí no se presenta en las visitas. — Época señalada para ellas. — El afán de visitar. — La razón de esto. — Cómo se recibe. — No se parecen á nuestras visitas. — No hay amigos de la casa. — En las comidas. — Cómo se entretiene á los invitados. — Las artistas de salón. — Los bailes. — Manera de invitar. — Facilidades para todo. — Los sirvientes improvisados.

Empezaré por decir que es muy difícil relacionarnos con los franceses. Ellos son muy recelosos de los extranjeros, y solo aceptan su relación con mucho cuidado, esquivándose de ello en lo posible.

Esto debe tener por causa, el temor de

tantos aventureros que caen en una ciudad como esta, y también un poco de positivismo, que es la base de la vida aquí.

La relación de los extranjeros no les ofrece provecho, porque generalmente no dan fiestas, y porque con ellos la conversación tiene que ser muy limitada. Además, estamos nosotras de paso, y no somos relaciones para toda la vida, como la de sus compatriotas.

Pero hay otra razón, y es que aquí no son nada hospitalarios con la extranjera, y no saben recibirla. Si uno va á visitar á las francesas, ó asiste á una de sus comidas ó fiestas, no buscan una conversación especial que le interese, como lo hacemos en Buenos Aires, y hablan de sus cosas y relaciones, aunque uno se aburra.

Por todo esto, los extranjeros viven aquí entre ellos no más, y así como hacen los Ingleses, los Norte Americanos

ó los Italianos, hacen los Argentinos, que se relacionan entre sí, y con los otros Americanos, Chilenos, Peruanos y demás.

No es tanto la diferencia de costumbres lo que las separa, porque debo decir, que nuestros compatriotas cuando se establecen aquí, lo primero que hacen es imitar las costumbres francesas, y encerrarse en su día de recibo, y en la visita de etiqueta, que aleja aquella confianza que tenemos unas con otras, en nuestro país.

Por supuesto, que en la generalidad de los casos, nuestros compatriotas exageran esas costumbres, y precisamente aquellas que son menos buenas. Así se vé con frecuencia, que ellos, siguiendo la costumbre de aquí de no presentar en las visitas, no presentan unos á los otros ni á los mismos Argentinos, y estos que son tan poco unidos, no se hablan, ape-

sar de conocerse demasiado de vista, de Buenos Aires.

Es una imitación tonta, que yo no hago en mi casa, pues entre los franceses tiene su razón de ser, porque ellos creen que sus relaciones deben tener otro origen que un encuentro casual, pero que no existe entre Americanas, y menos entre Argentinas.

Por eso, que las compatriotas y Americanas imitamos á las francesas, y por no faltarme á mí, como á todos los que nos instalamos de cierto modo, alguna que otra relación entre ellas, puedo hablar de la vida de sociedad de aquí.

Hay una época del año, que es la señalada para hacer esta vida de relación, y por eso es que muchas familias de este país, que residen en el campo, alquilan apartamentos en París para pasar esa época, que generalmente corre del 1.º de enero al 15 de abril. En ese

tiempo, es cuando las familias se visitan, y tienen su día semanal de recibo, el cual se cierra en el resto del año, y lo mismo hacemos las Argentinas.

Lo curioso es ver el afan de visitar en estos tres meses, pero no se debe creer que es por quedar bien, ni por gozar de la vida de sociedad. El afan es por tener lleno su salón el día de recibo, de lo que se hace un orgullo, y como se comprende, si se quiere tener visitas, es precioso visitar, aunque solo sea durante diez minutos, para acabar é ir á otra casa.

Por otra parte, las visitas tienen que ser cortas, desde que no se presenta. Cuando uno entra, la dueña de casa se dirige á saludarla, y sí entra otra persona, le deja á uno y se dirige á ella, lo que hace, que no teniendo con quien conversar por no haber sido presentada, tiene uno que retirarse, á menos que se

haya estado en una conversación general, lo que no sucede siempre.

Es costumbre aquí tener el salón de recibo un poco oscuro, y no sé cual es la razón. Puede ser que sea por aquello de que de noche todos los gatos son pardos, y que la oscuridad favorece, no dejando ver bien ni la fealdad, ni las arrugas, ni las pinturas de la cara. Yo recibo con luz, y algunas de mis amigas que lo saben, tienen siempre el tino, al entrar á la sala, de sentarse dando la espalda á aquella.

En los recibos, alguna que otra persona ofrece té, vino, ó simplemente una masita, pero las francesas no dan nada.

En algunas casas, el día del recibo, tienen amigos á comer, y si hay niñas en ella, se trata de hacer venir otras en la noche, para dar algunas vueltas de baile, lo que ocurre generalmente entre los extranjeros.

Pero todo esto no se parece en nada á nuestra vida de relación, tan abierta y tan franca. Aquí, con el día único de recibo, y con el aislamiento y reserva de cada uno en su casa, no puede haber lo que nosotras entendemos por amigas; la que viene á casa á cualquiera hora, y la recibe uno como está, ni la que se queda á comer sin que la esperen, porque aquí, donde todo se hace tasado, no existe el refran que dice, que donde comen dos comen tres, pues donde comen dos, solo pueden comer dos.

Por esto las niñas solteras no tienen amigas como en Buenos Aires, y tienen que distrarse solas en familia.

He dicho que aquí no se presenta en las visitas, pero sí se presenta en caso de comida, á los diferentes invitados, aunque sucede con las francesas, que no saludan después, si se encuentran con uno en la calle, apesar de la tal presentación.

Durante la comida, rara vez se hace general la conversación, y se contenta uno con tenerla con la persona que tiene á su lado.

Después de la comida, y mientras los hombres se van á fumar, las señoras francesas se reúnen en el salón á conversar, y generalmente principian por elogiarse las toilettes, las unas á las otras.

Enseguida siempre se entretiene á los invitados con alguna música cantada y tocada por artistas, ó algunos monólogos de cómicos de salón, pues en la parte musical y dramática los hay de profesión, que uno los busca en las agencias. Sólo la gente de mucha fortuna se proporciona cantores ó cómicos de teatro, que piden desde 500 hasta 1,500 francos, por dos ó tres piezas.

Los bailes mismos son precedidos generalmente, de un pequeño concierto, ó representación.

Para estas fiestas de más importancia, el dueño y la dueña de casa se mantienen de pie, en una de las piezas próximas á la entrada, á fin de recibir á los convidados, que son anunciados á alta voz por uno de los sirvientes, y como aquí también hay la costumbre de llegar tarde, muchas veces ellos tienen un plantón desde las diez, hasta cerca de media noche.

En esa época de las visitas y recibos, las gentes tienen tantos compromisos, que esto ha creado la costumbre de invitar con anticipación de quince, veinte y hasta treinta días, siempre con el R. S. V. P. que se hizo tan célebre en Buenos Aires.

Para todas estas fiestas, las familias encuentran aquí facilidades, que no tenemos allí nosotras.

Si la fiesta es algún gran banquete, ciertos restaurants mandan á la casa un

personal que toma posesión de la cocina, el cual prepara todo, sirve la mesa y demás, por un precio que se arregla, á tanto por persona.

Y como los sirvientes en lo demás del servicio hay que aumentarlos, para esto como para los bailes, en ciertos barrios donde viven las familias ricas, se recurre á los porteros de las casas vecinas, que tienen sus trajes y están acostumbrados á desempeñar ese rol.

No ocasionan, pues, las fiestas las incomodidades que ocasionan en Buenos Aires, y como debe suponerse, salen ellas siempre lucidas, además de costar mucho menos trabajo, pues hasta las casas de flores, que han de proporcionar los ramos para adornar la mesa de comedor y los salones, están siempre en el barrio.

Para terminar debo decir, que es de rigor hacer una visita, á los pocos dias

de la fiesta, ya sea que haya uno asistido ó que haya dado las razones para no asistir, que son siempre de enfermedad, ó de tener un compromiso tomado para el mismo día, que es la mejor excusa.



VI

La cortesía de los franceses. — No la he encontrado. — En los tramways y en los omnibus. — La cortesía nuestra y sus exageraciones. — El respeto á las señoras. — Los jóvenes aquí y allí. — La cortesía en las palabras. — De cómo es mayor entre nosotros. — El saludo entre nosotros. — Las despedidas. — El buen tono aquí. — Se asemeja al de todas partes. — El *high-life*. — Las obligaciones sociales. — Obsequios recíprocos de comidas y soirées. — Forman una diversión. — La razón por la que no hacemos lo mismo. — Las esquelas para dar parte. — Contribuciones sociales. — Los pedidos para obras de caridad. — Sus diversas formas. — Cómo se da limosna á los pobres. — Los vales por pan. — Conveniència de esto para nosotros. — El *rostaquoaire* ó *rastacuer*. — Lo que es, y á quienes se aplica el nombre.

.. Siempre había yo oído hablar de la cortesía de los franceses, y sabía que

estos la ponderaban mucho, creyendo que no existe otra, y que es la que sirve de modelo en todas partes.

Llegué aquí, y al abservarla de cerca, no la he encontrado tal como me la habían pintado.

Aquí no se da la vereda como en Buenos Aires, pero esto no lo critico, porque no lo creo necesario, pero lo hago notar para demostrar que hay pueblos en que le cortesía es llevada más lejos, que en este país.

En los omnibus y tramways, muy rara es la vez que un hombre que está sentado, ceda un asiento á una señora que va de pié en la plata-forma, cosa que no se permite entre nosotros.

Me ha sucedido en los baños de mar, que estando mirando al mar, han venido caballeros y se han sentado delante de mí, atajándome la vista con sus paraguas. Me he encontrado mal sentada ó

mal parada muchas veces, y ningún hombre me ha cedido su colocación. Cuando se me ha caído el pañuelo ó el quita sol, no me ha sucedido que nadie haya corrido á recogérmelo.

Cuán lejos están, pues, de los Españoles y de los que descendemos de ellos; á pesar de su tan decantada cortesía, y por supuesto que no hay que pensar en que, como sucede entre nosotros, algunas veces, al pararse un coche con señoras, corra un hombre á abrir la portezuela para hacerlas bajar, ni que les ofrezcan la mano para descender de un tramway ó de un tren.

En cuanto á la antigua cortesía, no he leído nada sobre ella, pero he oído contar de la nuestra, y recuerdo un rasgo de un caballero que todavía vive, que arrojó su capa sobre la vereda, para que su pretendida no pisase la humedad al salir de un baile, entre la puerta del

Club del Progreso, y la portezuela del coche que la esperaba.

Lo que se puede decir en elogio de los hombres de aquí, es que respetan mucho á las señoras, y que no solo en la calle, sino también en el salón, ningún joven se atreve á decir galanterías á una de ellas, ó á una niña.

La vida de confitería y de vereda, que hace tan irrespetuosos á los jóvenes de Buenos Aires, no existe aquí en las costumbres, y por cierto que nunca harán calle para estrechar el paso á las señoras, ni se agruparán en las puertas de los teatros y de las Iglesias, como en estas no se pondrán á mirar á las niñas, pues aunque aquí no hay mucha religión, se respeta la de los otros, y se respeta el templo de Dios.

La cortesía en las palabras es mucha aquí, pero apesar del *s'il vous plaît*, para pedir cualquier cosa, y del *pardon* á pro-

pósito de todo, no nos igualan á nosotros.

Aunque quieran muchos ridiculizarla, esa frase de *está á su disposición*, cuando se da alguna cosa que uno tiene, es muy expresiva y muy oportuna. Los saludos: *para servir á V.*, *beso á V. su mano*, *beso á V. sus pies*, si contienen un exceso de cortesía, no se deben rechazar por inconvenientes, sino más bien aprobarlos.

Si invitan aquí á comer, dirán que invitan para comer, pero yo, francamente, para la invitación á comidas íntimas, encuentro más poesía en nuestro estilo nacional: *deseo que venga V. á tomar la sopa con nosotros*, con el agregado de *hará V. penitencia*.

Aquí, para ausentarse á alguna parte, dejan tarjeta anunciando que se va *para despedirse*, lo que se representa por estas tres letras *p. p. c.*, pero entre nos-

otros se hace lo mismo usando de más cortesía, y en vez de esa fórmula tan seca, escribimos : *pide sus órdenes para tal parte*, lo que significa, que allí estará dispuesta á servir á su amiga ó relación.

No creo que pueda haber dos opiniones sobre la mayor expresión y cortesía, que contiene una fórmula sobre la otra.

El buen tono se ha formado aquí, como en todas partes, por convención, por lo que se cree que es más distinguido, según esta sociedad lo entiende, y en este sentido no tenemos nada que imitar. Tenemos nosotros nuestro buen tono, y ellos tienen el suyo.

El *high life* aquí considera de buen tono ir al Bosque de Bolonia por la mañana, antes de las doce, que es la hora de los paseos á caballo, de ir las señoras manejando, así como ir allí mismo, entre cinco y siete de la tarde. Es de buen tono ir á los teatros en ciertos días, y no ir el

domingo; entrar tarde á los bailes, y no retirarse de las últimas; hablar despacio, y no á gritos; no dar la mano sino á las amigas, y muchas otras cosas que no son nada, pero que son mucho para cierta gente.

Como obligaciones sociales, aparte de las visitas, el uso ha impuesto una que es de rigor, y que es la de obsequiarse recíprocamente con comidas, ó soirées de concierto, ó de baile.

Se considera necesario esto aquí para la vida de relación, durante los tres meses del invierno, y se obtiene así, al mismo tiempo, una vida de diversiones que no tenemos nosotros en Buenos Aires.

Allí, fuera del teatro, no hay otra diversión, porque la emulación que hay para el lujo, hace que las familias no den fiestas si es que no pueden darlas en una escala de grandeza, que aquí es reser-

vada para ciertas grandes casas, y una vez el año. Entre nosotros, á no ser un banquete, no se quiere dar una comida; á no ser un gran baile, no se quiere dar una soirée.

No piensan así allí los extranjeros, que se divierten muy bien entre ellos, como aquí, y antes los mismos Argentinos hacían lo mismo, con las tertulias íntimas y las comidas de amigos.

Mucho influye en lo que hacemos, la creencia de que si una familia da una fiesta, debe invitar á todas sus relaciones, lo que no permite siempre el tamaño de la casa, ni la falta de confianza con algunas de ellas. Aquí se sabe, que no hay tal obligación, y nadie se resiente porque no lo inviten, á menos de tratarse de un gran baile.

Aquí, como en todas partes, el que recibe una invitación, á menos de circunstancias especiales, tiene que devol-

verla, y las familias dan con ese objeto varias comidas, convidando por turno á los que las invitaron, ó bien, lo que es mas económico, dan, si la casa es grande, un sólo concierto, ó un sólo baile, invitando á todas sus relaciones.

Una sola fiesta retribuye aquellas á que uno ha asistido en una misma casa, aun cuando fuesen varias.

Entre las obligaciones sociales, está la de dar parte de todos los cambios que tienen lugar en la familia.

Además de las invitaciones para casamientos y entierros, de las que tengo que decir algo después, existen las partes de haber muerto alguna persona de la familia, lo que significa anunciar que uno está de luto, ó el de haber nacido un niño, todo lo que se comunica por medio de una esquela impresa, que se llama *lettre de faire part*.

El cambio de domicilio se anuncia por

una simple tarjeta de visita, en la que está escrita la dirección de la nueva casa, y esto reemplaza los recados de nuestro país, que eran tan expresivos : *aquí me manda la señora, para ver como están todos, y para avisarle que se ha mudado á la calle tal, número cual, adonde está para lo que guste mandar.*

Como en todas partes, está uno sujeta en París á muchas contribuciones sociales.

Aquí, cada señora, cabeza de familia, tiene sus pobres que protege, ó sociedades de caridad, á las que tiene que ayudar, ó artistas á quienes da protección, y para llenar sus propósitos, pone á contribución á todas sus relaciones, no habiendo escapatoria posible, como es natural.

Para ello le dirijen á uno cartitás avisándole que tal día, en tal iglesia, se pedirá una limosna para tal obra; ó que

tal otro, se abriera un bazar de caridad con tal objeto; ó le enviarán unas entradas para un concierto que da cierto artista muy recomendable. En todos estos casos, se contesta enviando una pieza de oro, en dos cortes que se hacen en la tarjeta de visita, ó en la misma forma, el valor de las entradas del concierto, con una palabra de saludo.

Y ya que hablo de caridad, debo mencionar una forma muy cómoda de dar limosnas á los pobres, adoptada aquí, y que desearía ver establecida en Buenos Aires.

Consiste ella en *vales por pan*, del valor de dos centavos de nuestra moneda, que venden ciertas panaderías, y que las señoras compran por cantidades, para llevar siempre en sus carteras, y dar á las pobres, en vez de dinero.

Los verdaderos pobres los reciben con gusto, y los que no lo son, ó los corrom-

pidos que buscan el dinero para beber, se enojan, lo que es muy conveniente para distinguirlos, y no socorrerlos más.

Harían un bien, y facilitarían el ejercicio de la caridad, las sociedades de beneficencia que quisiesen establecer en Buenos Aires una cosa semejante, arreglándose con panaderías honradas, en todos los barrios.

Hay sus abusos, como en todo, y los pobres que reciben los bonos, los venden por la mitad para hacerse de dinero, pero las ventajas son siempre mayores, que los inconvenientes.

Los franceses, que no son nada benévolos con los extranjeros, han inventado el nombre de *rastaquouaire*, que puede troducirse por *rastacuer*, para aquellos que imitan sus modas y costumbres, exagerándolas, ó interpretándolas de una manera impropia.

Es pues *rastacuer* aquel extranjero, que

no hace las cosas bien, ni en su oportunidad, y aplican el nombre generalmente á nosotros los Americanos, que somos propensos á exagerar todo.

Si un caballero va de día con brillantes en la pechera, y con el propósito visible de mostrarlos, es un *rastacuer*. Si lleva un sobretodo ó un pantalón muy gritón, es un *rastacuer*.

Á un ministro Americano, que, por tener mucha familia, iba á pasear al Bosque con dos coches con las armas y libreas de la legación, le han llamado *rostacuer*, y lo mismo le hubiera dicho una señora francesa á una familia Argentina á cuya casa fuí yo de visita el otro día, si hubiese visto que á pesar de tener un lacayo para recibir, una de las señoritas miraba por una rendija de una puerta, quién era la que estaba.

En fin, se habrá comprendido, que aquí es *rastacuer* aquel que hace lo que lla-

mamos una cosa impropia; una cosa, que en relación con la posición, con el traje, con las pretensiones, no va con ellas.

Como la palabra se emplea con el deseo de chocar, nos hiere, pero no temenos otro recurso que someternos, y en todo caso buscar la revancha en tanta cosa que ellos tienen de malo, como limpiar los platos con el pan, comer los presas de aves con las manos, enjugarse le boca y lavarse los manos en la mesa, y tantas, y tantas otras cosas, que para nosotros dejan de ser hasta decentes, y que existen en las costumbres admitidas por estas gentes como buenas.



VII

Los casamientos sin amor. — Cómo se arreglan. — Los intermediarios. — Manera de proceder. — La hija casadera. — Proposición á una Argentina. — El hijo para colocar. — Cómo se deja casar. — El dote. — Todo como un negocio. — Cómo se encuentran los pretendientes. — La entrevista. — Casi siempre se aceptan. — Terminación del arreglo. — Plazo para casarse. — Las visitas. — El amor vendrá. — Viene á no viene. — Lo que hace la felicidad. — Desgracia de una Argentina. — La fidelidad. — Caso curioso. — El casamiento. — Las invitaciones. — La ceremonia de Iglesia. — La comitiva. — Los invitados. — Las felicitaciones. — El recibo en la casa. — Los regalos. — Cómo son estos aquí, y la ostentación entre nosotros. — Casamientos de pobres. — Las *noces*. — Procesiones. — Las novias feas ó viejas. — Fin de la *noche*.

Es conocido de todo el mundo, que en este país los casamientos no se hacen vinculándose por medio del amor, sino por medio del interés; por la conveniencia que cada uno ofrece, según su posi-

ción, en el dote con que se cuenta, y también en la herencia que se espera.

Muchos creen, que son las agencias las que hacen estos matrimonios, pero estos son la excepción. Los que los arreglan, son los parientes, las relaciones, y muchas personas de edad que hacen de esto una ocupación, porque las divierte, y porque siempre algún buen regalo viene á premiar su trabajo.

Se encuentran en alguna parte con una señorita, y ya se dirigen á la madre preguntándole si no querría casar á su hija, pues podría buscarle un buen partido. Si la contestación de la madre es afirmativa, preguntan cuál es el dote, y hacen campaña, para encontrar el pretendiente.

Estas cosas las creen tan naturales, que me cuentan de una Argentina, que estaba aquí con una hermana soltera, y á quien una señora, en un paseo, mientras

ésta jugaba con las criaturas, se le acercó á hacerle conversación, y terminó por decirle que si no quierría casar á su hermana, pues ella tenía un sobrino que era un buen partido.

Parecerá extraña esta tentativa de arreglo de casamiento en la plaza pública, pero es positiva, porque la persona que me la refiere, es digna de toda fe.

La intermediaria, que conoce la voluntad de una madre para casar á su hija, se pone, como he dicho, en busca del joven, no dirigiéndose á éste, sino á los padres, pues aunque él sea mayor de edad, como estos son los que pueden dar ó negar el dote, deja que hagan el arreglo como lo crean conveniente, lo mismo que hace la niña.

Estos primeros pasos, como se vé, se hacen como los negocios, poniéndose de por medio un corredor, como sucede con estos.

Una vez encontrado el novio para la novia, ó la novia para el novio, es decir, una vez que los intereses se han armonizado, se combina la manera de encontrarse el uno con la otra, para ver si se *agradan*. Esto se hace promoviendo una comida ó un té, al que se invita á las dos familias. Los pretendientes, como debe suponerse, se preparan lo mejor posible para hacerse buen efecto, pues de esa sola entrevista tiene que salir el compromiso.

La intermediaria se encarga de saber sí se han parecido bien, el uno al otro, y entonces queda concluído el arreglo, señalándose el plazo para la ceremonia, que es el apenas necesario para los preparativos, dos ó tres meses á lo sumo, y durante los cuales la familia de la niña admite las visitas del joven, dos ó tres veces por semana.

Las cosas están ya concluidas así sobre

la debil base de aquella primera entrevista, en la cual nunca dejan los presentados de aceptarse, á menos de ser alguno de ellos, ú horrible, ó tuerto, ó rengo, ó tartamudo; es decir, de tener los defectos físicos; pues en ella no hay tiempo de ver otro cosa, desde que tan fácilmente se prepara uno á hacer simpática su conversación.

Durante las visitas del novio sucede muchas veces que la niña, que ha leído novelas, ó tiene una imaginación poética, dice á la mamá, que no llega á quererlo al mozo, pero ésta le contesta : *el amor vendrá, hija mía; lo mismo me sucedía á mí con tu padre, y ya ves como somos felices.*

El amor viene algunas veces, y otras no; hay muchos matrimonios desgraciados porque nunca vino, y porque los novios se casaron sin conocerse bien, pero generalmente mantienen la felici-

dad del hogar otros vínculos : el deber, la conveniencia, la estimación amistosa, ó los hijos que se tienen.

Conozco una apreciable niña Argentina, hija de padres extranjeros, que ha sido víctima de esta clase de matrimonios. Una relación íntima buscó el novio, y lo recomendó, y éste la engañó en todo, hasta presentando como dote una situación falsa, que era de quiebra.

Se hizo el casamiento, y resultó que él estaba vinculado á otra persona, á quien pretendió introducir á su mismo hogar, derrochó el dote con ésta, y á los ocho meses, sabiendo los padres de la niña que hasta la maltrataba, la llevaron á su casa, y promovieron la acción de divorcio que han obtenido ; pero, como es natural, ella se considera desgraciada después de semejante aventura.

Como he dicho, la generalidad de los matrimonios encuentran su felicidad,

á pesar de la forma en que se hacen. En cuanto á la fidelidad, se puede creer que es cuestión de ocasión en muchos casos, á juzgar por una causa que se acaba de resolver en los tribunales.

Un marido quería divorciarse pero no encontraba causa para ella, y buscando alguna, se decidió á tentar á su mujer.

Empezó á escribirle cartas de amor, usando de un nombre supuesto, y ella, á pesar de tener ya 51 años de edad, las aceptó, y pronto se decidió á contestarlas, sin haber visto nunca la cara del pretendiente.

Pronto se volvió apasionada la correspondencia, y el pretendiente, fingiendo miedo por el marido, le propuso que se simulase enferma, y que le pidiese á éste permiso para ir á pasar el invierno á Argel, donde él la esperaría.

Hizo ella lo que aquel le pedía, y naturalmente, el marido, que era el mismo

pretendiente, acordó la licencia á su mujer.

Llegó ésta á Argel, y se encontró con una carta del seductor, en la que se excusaba de no asistir á la cita por sérias razones de familia, diciéndole que pronto lleagría.

A esta carta le siguieron otras con regalos, y hasta con dinero, que la enamorada aceptaba del hombre que nunca había conocido.

Pasaron así los días, hasta que un hermano de ella le escribió de París, diciéndole que su marido había entablado acción de divorcio, presentando las cartas por las que constaban sus amores, y el abandono de su hogar.

Volvió ella, y se opuso al divorcio, descubriéndose ante el Tribunal toda la intriga del marido, poniendo á los dos en ridículo, y á ella sobretudo, que dejó establecido, que si fué fiel á su marido hasta

los 51 años, lo fué porque antes le faltó la ocasión.

Al leer esto, me he preguntado : ¡ cuántas fidelidades existirán sólo por esta circunstancia!

La celebración del contrato se festeja generalmente en familia, pero en muchas casas, se da, con ese motivo, una fiesta.

La ceremonia civil es obligatoria, pero generalmente celebran todos también la ceremonia religiosa.

Á la primera sólo asisten las familias y los amigos íntimos, á menos que se haga en el mismo día la religiosa, en cuyo caso todas las relaciones concurren á los dos; pero no es esto lo general en las familias pudientes, que prefieren separarlas.

La invitación se hace con dos esquelas que se envían juntas, la una dirigida por los padres del novio anunciando el casamiento de su hijo, y la otra de los padres

de la novia, agregándose á ellas, para los verdaderos amigos, una tarjeta en la que se anuncia si alguna de las familias recibirá en su casa después de la ceremonia.

Para ésta, el novio elige dos amigos que le sirven de testigos ó padrinos, y la novia también dos amigas solteras, que se visten de trajes y sombreros iguales, de color rosa ó de crema.

Estos padrinos y madrinan se reúnen con las familias, y llegan juntos en varios landós, que se alquilan con ese objeto. Los novios ocupan un coupé forrado de blanco en su interior, y adornado de azahares, de cuyas flores llevan gajos en el ojal, el cochero y el lacayo, como lleva el novio.

Al bajar en la Iglesia se organizan en comitiva, dando el padre el brazo á la novia, y el novio á su propia madre.

Esta comitiva entra á son del órgano que toca una marcha, la que uno de nuestros compatriotas tuvo la original idea de reemplazar, para su casamiento, hace dos años, con nuestro Himno Nacional.

Todos están de gran toilette, y van á tomar lugar en una rueda de sillones, al rededor del Altar Mayor.

Al principiar la misa, las jóvenes madrinas del brazo de los padrinos bajan del altar, y recorren la concurrencia pidiendo limosna para los pobres de la parroquia, ó para la iglesia, en bolsitas especiales que hacen juego con sus trajes.

Terminada la misa y la ceremonia del casamiento, se dirige aquella comitiva á la Sacristía y empiezan á pasar por allí todos los invitados, dando la mano y felicitando á los novios y á sus padres.

Los amigos que asisten à la recepción de la familia de la novia, pueden ver la exposición de sus regalos, que proceden de miembros de las dos familias, y de alguno que otro amigo íntimo, siendo los de éstos, de flores. Aquí no se comete la locura de creer, como entre nosotros, que por estar invitado al casamiento se debe regalar, y si en este país lo hiciéramos, y recibiese la novia, como sucede en Buenos Aires, treinta pulse-
ras, veinte prendedores, cincuenta abanicos, nos llamarían *rastacueros*, y con razón.

Pero la causa de éste y otros excesos entre nosotros, es la ostentación, el deseo de figurar, y con esto me explico también, como muchos compatriotas, que allí no faltan al teatro, no lo frecuentan aquí, y como otros, que no se bajan allí del carruaje, andan á pie aquí, donde más se necesita.

Después de esta clase de casamientos, hay otros que son esencialmente franceses, y que por la manera de festejarse, no se ven en ninguna otra parte. Son los casamientos entre la gente de pocos medios, dependientes, gente del pequeño comercio, y obreros.

También se hacen con dote en su proporción, ó bien sin dote, reuniendo posiciones, como sucede en los de dependientes con dependientas.

En esta clase de casamientos, como los novios viven en piezas alquiladas, y no tienen donde recibir, la comitiva de las familias é invitados se reúne en los landós alquilados, con lo que se forma la *noce*, nombre con que aquí se designa á una de esas comitivas.

La *noce* se dirige así á la Iglesia, y á la salida va en el mismo orden, siguiéndose unos á otros los coches hasta un restaurant, en el que se ha preparado un

almuerzo. Terminado éste, se baila algunas veces en el mismo lugar, y después sale la *noce*, y se dirige ya sea á la cascada del Bosque de Bolonia, ó al Jardín de Aclimatación. Allí bajan de los carruajes, y andan en procesión divirtiéndose juntos, y apareciendo, como que tienen todos ganas de todo, al mismo tiempo.

En los días sábados, que son los escogidos por esta gente de trabajo para casarse, se suele ver en uno de esos lugares hasta diez y doce *noces*, en el mismo momento.

En todos estos casamientos, que se hacen por conveniencia, para arrastrar el carro de la vida entre dos, en vez de tirarlo uno sólo, no hay que pedir belleza á la novia, ni edad proporcionada á la del novio, y no sucede como donde se casan por amor, que se puede buscar el ver la novia, sabiéndose que se ha de en-

contrar en ella, una mujer bonita y joven.

La *noche* se disuelve hacia la tarde, pues es tiempo ya de descansar de la fatiga, que, como se ha visto, tiene que ser grande.



VIII

La vida del hogar. — Cómo es ella en el gran mundo. — Monsieur y Madame. — El hogar más abajo. — El de dependientes y obreros. — Los hijos en ellos. — Su crianza lejos. — Cómo tiene lugar. — Chasco de una infeliz. — Cambio de su hijo. — Los hijos de los ricos. — La instrucción de los niños. — Porqué van á pupilo. — Inconvenientes del pupilaje. — Opinión de una niña. — Cuidados por ésta en la familia. — El pupilaje de los varones. — Terminación de la vida del colegio. — Libertad para los varones. — Los peligros de la vida de París. — Como los de todas las grandes ciudades. — La decantada inmoralidad de París.

La vida del hogar, que empieza con el matrimonio, es diversa aquí, según la clase social á que pertenecen los que por él acaban de ligarse, diciendo que buscan su felicidad.

En la alta sociedad, en lo que se llama el gran mundo, el arreglo material de la casa se relaciona con el género de vida que han de llevar los cónyuges.

En ella se encuentra el apartamento de Monsieur separado del de Madame, y así ésta llegará pronto á ignorar á qué hora salió ó entró su marido.

En esos hogares es frecuente ver enviar por el marido, con el sirviente, este mensaje á la mujer que llevó para su compañera: *Digale á la Señora, si puedo pasar á verla á sus habitaciones.*

Por su parte, la señora preguntará á sus sirvientes por su marido, si se encuentra en la casa, y á qué hora entró en la noche anterior.

• Esto pasa en el gran *high life*. En el otro que corresponde más al nuestro, el hogar se establece de una manera más racional y más natural, y marido y mujer son compañeros, como entre nosotros.

El hogar entre los dependientes y obreros que trabajan cada uno por su lado, solo existe en la noche, pues solo á esa hora se reunen, desde que tienen forzosamente que hacer sus comidas afuera.

Los hijos en estos matrimonios, por la misma razón, se hacen criar afuera, y se entregan generalmente á paisanas de la campaña, quienes, mediante un pequeño sueldo, se encargan de alimentarlos al lado del suyo propio.

Los hijos, de los cuales se separan por esa circunstancia, viven ó mueren, según la conciencia de las que se encargan de ellos, pues generalmente las numerosas muertes que ocurren, son debidas á falta de cuidados y de alimentación.

En el verano último, en un omnibus en que yo viajaba, iba una pobre mujer con una criatura como de un año, en los brazos, y contaba llorando lo que acababa de sucederle con su hijo. Decía: que

no pudiendo criarlo, lo había entregado á una paisana de San German; que después, al considerarlo ya despechado, había escrito pidiéndolo, y que le había mandado, no á su hijo, que era rubio y de ojos celestes, sino al que llevaba, que era de pelo y de ojos negros, y que por eso iba á depositarlo en un hospicio. Agregaba que iba á reclamar á su hijo, pero que temía que hubiese muerto, quizá por culpa de aquella á quien se lo entregó, pues ésta, en vez de venir ella misma á traerlo, se había ido á la estación del ferrocarril y había entregado esa criatura á *una mujer desconocida*, pasajera del tren, que venía á París, dándole unos francos para que lo condujera.

De estos chascos habrán algunos, pero la necesidad tiene cara de hereje, y hay que aceptar lo que ella impone, exponiéndose á pasar por ellos.

En los hogares con mas recursos, los hijos se crian y se educan como en todas partes.

La instrucción, se da á las niñas, ó en colegios, como externas ó como pupilas, ó con institutrices en la casa.

El último sistema es el mejor, pero no está al alcance de todos, y además muchas madres mandan sus hijas á los colegios, para quedar más independientes, y divertirse.

Condeno con toda energía este proceder, porque considero el pupilaje para las niñas, aquí, como en todas partes, sumamente pernicioso.

Para apoyar esta opinión, me basta repetir lo que me dijo una señorita que acababa de salir de un colegio : que después de estar allí, nada se ignora, y que ella nunca enviaría de pupila á una hija suya.

Después de semejante aprendizaje, la

niña debe reír de los cuidados de que la rodean sus padres, en su vida de señorita, pues en ningún país se le guarda más que aquí, donde ni se le deja leer los diarios, de miedo de esas descripciones tan crudas que se hacen de cualquier suceso, y del relato de los sucesos mismos.

El pupilaje de los varones tiene los mismos inconvenientes, pero aquí él se impone, en muchos casos, por la distancia á la que se vive, del colegio que conviene á sus hijos.

La vida del colegio termina aquí para los jóvenes de ambos sexos, entre los 17 y los 20 años. La niña entra al régimen severo de que he hablado antes; en cuanto al joven, se le deja entonces la libertad de que usa ó abusa, como en todas partes.

En esta capital existen para éste, los peligros que existen en toda gran ciudad, y la tan decantada inmoralidad de

París, no es mayor que la de otras poblaciones semejantes.

Quizá se muestra ella más, por la tolerancia de la policía ó del público, pero según todos me dicen, no existe en mayor escala que en Lóndres, Berlín ó Viena.

Es sin duda muy fastidioso para una señora encontrarse en los teatros y paseos, con mujeres de vida alegre; pero es preciso reconocer que su conducta es siempre reservada en ellos, y que muchas veces solo se las distingue por encontrarse solas, por las pinturas un poco fuertes de sus caras, ó por sus toilettes pretenciosas.

No sé, si como mujer, he debido tocar este punto, pero me ha parecido indispensable una palabra, al hablar de la vida en esta gran ciudad, cuya inmoralidad se decanta tanto, que no faltará quien crea que hasta la vida de familia es difícil en ella.

La moda. — Ideas que tenía yo antes de venir. — Las modas poco varían. — Lo que duran y cuál es la razón. — Los figurines no siempre representan la moda. — Debe confiarse menos en ellos. — Dónde se ven las últimas modas. — La elegancia de las Parisienses. — Cómo se visten. — Cómo lo hacen con economía. — El traje de calle. — El lujo para el carruaje ó las visitas. — Contrastes con Buenos Aires. — Cómo se visten las solteras. — La elegancia en la sencillez. — Opinión de las costureras. — El calzado y los guantes. — No hay que mortificarse. — El peinado y la pintura. — Las costureras y las modistas. — Sus mañas. — En guardia contra ellas.

Voy á tocar ahora el punto más interesante para mis compatriotas, y este es *la moda*; y para hablar de ella, me voy á servir de mis observaciones, y de las de mis amigas.

Antes de venir yo aquí, tenía la creencia de que los figurines que nos mandan á Buenos Aires, representan siempre la moda, y que ésta cambia á cada rato, como parecen indicarlo aquellos.

Pero nada de eso existe. Las modas poco cambian aquí, sobre todo en los trajes y tapados, y puede decirse que viven ellas, todo el tiempo que dura lo que uno se ha mandado hacer, si es que lo mandó hacer al aparecer la moda.

De una estación á otra, lo que cambia en la moda es tan insignificante en muchas cosas, que con una pequeña reforma, los trajes que uno tiene se ponen de acuerdo con ella, y además, siempre se hace uno otro nuevo, para acompañarlos.

Y esto tiene que ser así, en sociedades como estas, en que se vive con tanta economía, y en las que se está muy lejos de derrochar el dinero, como entre nosotros.

Los señoras que piden sus trajes á París, y que critican muchas veces que de aquí les mandan pocas novedades, deben dejar de asombrarse, y creer menos en los figurines, que, si algunas veces representan la moda, en la mayor parte de los casos, no hacen sino reproducir un modelo que alguna de las grandes casas *propone*, para ver si se acepta, y para llamar la atención sobre ella.

Por otra parte, debe comprenderse, que si los figurines no variasen, en los diarios de modas, éstos no tendrían que decir, y no tendrían razón de existir, debiendo advertirse también, que ellos son más bien pagados por las casas, á los que hacen *reclamos*, que por la suscripción. Debe, pues, creérseles menos entre nosotros, que lo que se les cree.

Para probar esto, recordaré que desde hace cinco años, los diarios de modas de París, han dado por cambiada, ó por

cambiarse varias veces, la forma del peinado, mientras que ésta siempre se ha mantenido, y se mantiene la misma; es decir, la del peinado alto, que las Parisienses no quieren abandonar.

¿Dónde se vé aquí la moda?

En las calles hay de todo, como tiene que ser en una ciudad tan grande, y en una población en que hay tanta gente pobre, que se viste con cosas viejas, pero se puede así mismo conocer la moda general. Sin embargo, la que quiere saber cuál es la última moda, tiene que ir á las casas de las modistas, ó más bien, para verla en el cuerpo de las Parisienses, debe ir á los cosamientos de las Iglesias, ó al Bosque de Bolonia.

Es allí adonde van las mismas modistas, para ver las novedades creadas por las otras, y para copiar lo que es mejor llevado.

Debo decir, como regla general, que

la Parisiense no acepta moda que no le sienta, y que es ese el secreto de su elegancia tan renombrada, y que no se encuentra en la misma Francia, cuando se sale de esta ciudad. La que tiene una cara larga no se pondrá una gorra ó sombrero muy alto; la que es gruesa no aceptará que su costurera le abulte más con el traje que le haga; la que es colorada no se pondrá colores fuertes en gorras ó vestidos, y la que es morena, no se pondrá celeste, ú otros colores que no le sienten.

La Parisiense se viste con mucha economía. No hace sus gorras ella misma, ni sus vestidos, però la que tiene una fortuna mediana, ó su bien estar, como decimos nosotros, busca ella misma el género, los forros y los adornos, para que su costurera le haga el traje de salir, y en cuanto á otros vestidos de mañana ó de verano, con los mismos elementos, se

los hace hacer por su sirvienta, que la ha buscado de entre las que saben hacer esas cosas.

El traje que la Parisiense, aun la de fortuna, usa para salir á pie en la calle, es siempre de lana, adornado con terciopelo ó seda, aun cuando lo acompañe con un rico tapado.

Los trajes de seda ó de terciopelo los reserva ella para ir en carruaje, ó para hacer visitas, que siempre las hace en coche. Lo mismo procede con los sombreros que usa, reservando aquellos de formas extravagantes, ó de colores muy fuertes, para sus paseos en carruaje.

Todo este tino que ella tiene, hace que siempre la Parisiense aparezca elegante, y vestida como debe de estar, y en estas cosas no pensamos en otros países, donde creemos que todo es bueno para la calle, hasta el traje de *soirée*.

Todo tiene su lugar, todo tiene su mo-

mento, y el buen gusto consiste en encontrarlo.

La manera de vestir de nuestras niñas solteras, es una de las cosas que entre nosotros queda fuera de su lugar. Ellas llevan trajes lujosísimos, y van cargados de alhajas, mientras que aquí la soltera lleva en la calle un traje reducido á su última expresión de sencillez, aun cuando tenga 25 años. Si son dos ó tres hermanas, el uso exige que lleven todas trajes y sombreros iguales, y nunca alhaja alguna.

En general, el modo de vestir de la Parisiense es sencillo. Ella hace consistir la elegancia de su traje en la forma, y en la combinación de los géneros y de los colores, y de ninguna manera, en la aglomeración de los adornos.

No debe ser esto así entre nosotros, porque las costureras que hacen trajes para nuestro país, según los pedidos

que de allí vienen, dicen que lo que mandan no es el gusto de París, porque allí les gusta todo muy cargado de adornos.

Sucede en esto como con el calzado y los guantes, que en nuestro país los usan tan estrechos, que dejan sin movimiento los pies y las manos, mientras que aquí nadie entiende que esas cosas son para mortificarse, contentándose las señoras, como los hombres, con andar cómodos, sin hacer motivo de presunción de ellas.

La preparación ó la habilidad de las sirvientas de aquí, hace que las señoras lleven siempre un peinado esmerado, que contribuye mucho á su elegancia.

Las que usan de pintura para la cara lo hacen con moderación, y no como las mujeres de otros países, que hasta esto lo exageran, convirtiendo sus caras en verdaderas caretas.

La generalidad de las señoras emplean

los polvos aplicados sobre alguna cosa grasosa, que los mantiene, pero muchas usan de las leches de toilette. Lo primero es aceptado por los médicos, pero no lo segundo.

Las francesas, en general, no son bonitas, pero con su elegancia y su gracia, aparece buena moza, aquella que en otro país sería más bien fea.

Me falta ahora hablar de las costureras, y de las modistas.

Aquí las grandes casas son las que inician las modas, y hacen pagar bien caras sus novedades. La elección de los trajes es fácil en ellas, porque los modelos están hechos, y los hacen vestir por mujeres-figurines, que desfilan delante de uno, dando la mayor gracia posible al traje.

Enseguida vienen las costureras, que no hacen modelos, y que se guían por figurines, ya sean tomados de los dia-

rios de modas, ú otros que les hacen dibujantes especiales.

Estas son más moderadas en sus pretensiones y en sus precios, y se prestan á hacer arreglos de trajes usados.

La tercera categoría, la componen lo que aquí se llaman pequeñas costureras, pero con estas sólo se puede uno vestir dando sus propias ideas, é imponiendo su gusto, lo que no deja de ser un trabajo.

En cuanto á las modistas de gorras, con ellas todo es más fácil, porque tienen las cosas hechas, y se puede tomar lo que se encuentra. Hay caras y hay baratos, pero en esto, como en todo, hay que estar al corriente de los precios de París, porque esas gentes están siempre en acecho de las extranjeras, y si pueden sorprenderlas y explotarlas, no hay conciencia que las detenga.

En general, esta clase de gente es toda embrollona y mentirosa, y hay que

tenerse siempre en guardia contra ella.

Todos tratan de probarle á uno que lo que le proponen le sienta, y á la más fea la dirán que está *charmante* con el tapado ó la gorra, que tratan de encajarle.

Si hay defectos en el vestido, y uno no se apercibe de ellos, no se lo harán notar, y desgraciada la que paga su valor, pues cuando le envía para que los corrijan, siempre lo hacen de mala gana, y retardando el trabajo.

Mi consejo es, que se tomen las señoras el trabajo de probarse varias veces, si quieren estar bien vestidas, y que no permitan que les lleven el traje hasta después de hacerlo una última vez, aun cuando se trate sólo de un cambio de botones.

En otras ciudades más pequeñas, las costureras cuidan por sí solas, de que el traje que hacen no tenga defectos, porque una persona descontenta las puede

desacreditar, y alejar clientes; pero en estas grandes ciudades, uno no puede hacer nada con hablar contra ellas, y esta situación la saben explotar dando lo que uno les recibe, bien hecho, si uno se muestra difícil y exigente, mal hecho, si uno es descuidada.

A esto último, y á la mala fé de aquella gente, se debe el que se vea alguna vez, en la calle, señoras con un lado del vestido más corto que el otro, ó los recogidos desiguales.

Por mi parte, con mi experiencia, digo : que la que se viste es uno misma, y que debe cuidarse de lo que le hacen, no viendo aquí en la costurera una amiga, sino una enemiga.



Facilidades para comprar en París. — Las pequeñas tiendas. — Engaño á los extranjeros. — Los precios de las vidrieras. — La habilidad para vender. — Dónde deben comprar los extranjeros. — Las grandes tiendas ó bazares. — Tienen de todo. — Allí compran los Parisienses. Cómo se compra. — El precio fijo. — El derecho de devolver lo comprado. — Limitaciones para esto. — Los vestidos, los tapados y las gorras en esas casas. — Las polleras arregladas. — Las exposiciones de estas tiendas. — Rebajas de precios. — Los atractivos. — Salones de lectura. — Los refrescos. — Los regalos — Las cosas de ojito. — Las compras en el Hotel de Ventas. — Cómo nos clavan. — Compras con comisionistas.

Nada es más fácil en París para una señora, que comprar lo que necesita, y todo consiste en saberlo encontrar, sin engañarse con el precio, tomando una mala calidad.

Las extranjeras tenemos que desconfiar mucho de las pequeñas tiendas, que están ahí tentando con los objetos colocados en las vidrieras, con el arte más acabado, para que seduzcan nuestra vista.

Tienen allí sus precios marcados, y muchas veces son altos, pero explotan esa creencia, que uno siempre tiene, de que si se indica el precio, es porque es barato. Entra uno á la tienda, y cae, enredada en la red que teje la palabra del vendedor ó de la vendedora, los que, como en ninguna parte, son hábiles para ello.

Otras veces, el precio es tan bajo, que sorprende. Entra uno y pide el objeto, pero resulta que si no le gusta ese color sino otro, ya de éste no hay en ese precio, y se lo presentan en otro más elevado, dándole razones de mejor calidad ó hechura, aunque uno no las vea.

Ha sucedido ver en la vidriera un precio muy bajo sobre un buen guante, y al entrar á comprarlo, creyendo naturalmente que se trata de un par, salirle el tendero diciendo, que el precio es por cada guante, que cómo podía uno figurarse que siendo tan bajo, era por el par!

Con la división de francos en centésimos se hace otro juego curioso, y es marcar en la vidriera lo que debe valer, por ejemplo, dos francos, con 1 y 95 centésimos, pero poniendo el 1 grande y los 95 en números pequeños. Si uno no se ha apercebido de esto, cree el precio de de 1 franco baratísimo, y entra á la tienda, que es lo que se proponen, contando con que una vez adentro, no la dejarán salir sin comprar, á fuerza de argumentaciones, de las que se tendrá una idea, recordando las que hacen en Buenos Aires los galleguitos de ciertas tiendas.

Las extranjeras no debemos buscar lo

que necesitamos, excepto los vestidos y las gorras sino en las grandes tiendas ó bazares, de los cuales dan unan idea, aunque muy en pequeño, las tiendas del *Progreso* y la *Ciudad de Londres*, de Buenos Aires.

Tres son aquí las grandes tiendas ó bazares : el *Bon Marché*, el *Louvre* y el *Printemps*, siendo esta última menos considerable que las otras dos.

En ellas se encuentra de todo lo que necesita una mujer para vestirse, y también un hombre, y aun de lo que se precisa para una casa, desde los muebles hasta la ropa de cama y de comedor, habiendo hasta arneses para carruajes, sillas de montar, y artículos de viaje. Todo esto en una variedad infinita, y á todos los precios que permite la fabricación del país.

Poco ha faltado para que estas casas hagan lo que hacen algunas de Londres

de la misma especie, y es tener hasta una sección de mercado, con carne, verduras y demás.

Las Parisienses aunque ellas pueden comprar en las pequeñas tiendas, sin miedo de ser esplotados por ser del país, y por conocer los precios de todo, van sin embargo todas á aquellas grandes tiendas, y aun las de las grandes familias, como puede verse por los carruajes con sus armas, que se ponen en fila, á sus puertas.

El *Bon Marché* es la tienda más barata de las tres, y quizá también la más completamente surtida, pero el *Louvre* tiene la reputación de tener cosas más elegantes en objetos de moda, en tapados, sobre todo.

El precio fijo es la base de la venta, y nadie puede alterarlo, ni obtendría ventaja con ello, puesto que el dependiente que vende no recibe el precio, sino que

éste se entrega en las cajas, que están repartidas en toda la tienda, si es que uno quiere pagar, pues puede pedirse que lo comprado venga á la casa, para pagar en ella.

La gran comodidad de estas tiendas, que no ofrecen otras en Europa, es el derecho que uno tiene de hacerse devolver el valor en dinero de lo que ha comprado, aunque haya pasado uno ó dos meses, siempre que el objeto no haya sido usado, no haya pasado de estación ó de moda.

Muchas veces sucede, que habiendo comprado una cosa, y encontrándola más barata después en otra parte, toma la última y devuelve la primera.

Otras veces, habiendo comprado para pagar en casa, se arrepiente á las pocas horas, y al presentarse el dependiente con ella, dice que ha cambiado de idea, y no la recibe, todo lo que se hace sin

que se ponga el menor inconveniente, y como la cosa más natural del mundo.

Esas grandes casas se encargan también de hacer vestidos y tapados, pero las Parisienses no buscan allí sino estos últimos, por la comodidad de encontrarlas en gran variedad. Ellas tienen la idea de que los vestidos son terminados sin proligidad, y creen, con razón, que para tener un buen traje, no se puede exigirlo en casas que hacen por mayor, puede decirse.

No buscan allí tampoco las gorras y sombreros, que son de cargazón, como decimos nosotros.

Las extranjeras, de paso, piensan de otro modo, así como los franceses de fuera de París, y estos son los grandes compradores de los trajes hechos, en esas tiendas.

Lo que hace muchas elegancias, y cubre muchas pobrezaas, son las polleras

que se venden en esas tiendas, en gran variedad, por poco precio y que forman un traje poniéndoselas con un *Jersey*, y encima un tapado. En esto se combinan los dos intereses, el de las tiendas que quieren salir de los restos de sus géneros, y el de las compradoras, que buscan lo barato.

Por supuesto, de que con tantos medios á su disposición, estas casas ofrecen toda clase de alhagos para las compradoras.

Hacen lo que llaman *Exposiciones*, al principio de cada estación, y una ó dos de géneros blancos en el año. Estas exposiciones duran ocho días, y en ellas ponen una gran cantidad de cosas con rebajas de precios, que ya dejan de tener al día siguiente mismo de terminadas.

Ya se comprenderá cómo corren las Parisienses á estas exposiciones, para

comprar barato, lo que hace que esas tiendas se pongan casi impenetrables en esos días.

Otros alhagos que ofrecen son sus salones de lectura, que se encuentran siempre llenos de gente que lee diarios ó libros, y que escribe *de ojito*. Los concurrentes no siempre son compradores, sino gente que va á sacar provecho de esas comodidades.

Esto se encuentra muy bien instalado en el *Louvre* y en el *Bon Marché*, donde también durante ciertas horas se dan refrescos y masitas de balde, lo que hace que hay pocas compradoras que no tengan ganas de tomar algo.

La tienda del *Printemps*, ofrece una vez al año, y durante tres días, un ramito de violetas de Niza, y para tenerlo no es necesario haber comprado algo. Se pueden figurar cuál es el tumulto en esos días, pero es tal el gusto de obtener

cosas de ojito, que me cuentan hasta de Argentinas que nunca dejan de ir á hacerse estrujar, para salir con sus ramitos.

En otra ocasión, esa misma tienda ha ofrecido libras de azúcar en tarros, por la mitad del precio, así como la del Louvre ha regalado bandejitas y otras pequeñas cosas de la China, sabiendo que al ir por eso, siempre el concurrente sale comprando algo, aunque nadie le obligue á ello.

Me figuro, que algún día veremos cosas semejantes en Buenos Aires, donde tanto se imita lo que pasa en París, y entonces presenciaremos escenas de pugilato, por estas cosas de ojito

Todo lo hacen esas tiendas por *reclame*, como hacen una cosa que pocos extranjeros se lo explican, y es vender ciertos objetos por menos precio, que las casas que los fabrican. Así, por ejemplo,

un gran frasco de la célebre agua dentrífica del doctor Pierre, que en su tienda se vende por 10 francos, se compra en aquellas casas por 6 francos y 70 céntimos. ¿Porqué? Porque lo hacen comprar en grandes cantidades por medio de comisionistas, á los que la casa del doctor Pierre les hace un descuento de 35 por 100.

Un modo de comprar en Paris, que se cree muy barato, y del que ya se habla en Buenos Aires, es en la casa donde se hacen todos los remates, y que se llama *Hotel de Ventas*.

Los extranjeros que se creen vivos, van allí á comprar cuadros, muebles, y una cantidad de cosas, pero generalmente salen comprando más caro que en las fábricas, y además, los objetos ya usados.

Como debe suponerse, esa casa está llena de gurrupis, que suben los precios

y que conocen al extranjero de lejos, y aun entre los mismos rematadores de número, hay algunos que hacen las posturas *al aire*, y clavan, como dicen en Buenos Aires, á los inocentes que no conocen los precios, ó que se dejan llevar por entusiasmo ó por capricho.

La compra con comisionista en las fábricas, es muy conveniente, pero es preciso que él sea honrado, y no se guarde los descuentos que siempre ellas les hacen, y que suben á 10 y hasta 20 y 25 por 100, en algunos casos.

Las costureras y modistas les hacen también un descuento, que generalmente es de 10 por 100, así es que cuando una señora entra en sus casas, acompañada de un comisionista, es cosa sabida, que los precios se elevan para ella de ese 10 por 100.

La extranjera debe guardarse bien de pedir dirección de nada á los dueños de

hoteles, porque la indicación de estos, que se cuidan siempre de dar una tarjeta, importa una elevación de precios semejante.

Después de todas estas observaciones, las que me lean, sabrán todo lo necesario para comprar en París, sin ser engañadas.



Los médicos. — Más grandes de lejos. — Los médicos de consulta. — Sus honorarios. — El médico de familia. — Las juntas. — Los médicos de noche. — Su utilidad. — Cómo se les llama. — Cómo se les paga. — Los boticarios. — Son buenos cirujanos. — Los del siglo pasado, y la administración de las ayudas. — Quien los reemplaza entre nosotros. — Los curanderos. — Hay cándidos aquí, como en todas partes. — Condiciones distintivas de los Parisienses. — Consideración por los niños. — Cómo auxilian en la calle. — No pasan de largo como los Ingleses. — Pelens de los cocheros. — Porqué no se pegan. — El miedo á las multas. — Un defecto general. — Recuerdo á nuestras solteras.

Los médicos son aquí como en todas partes, y sanan á quien Dios quiere que sanen. No hacen milagros, y estoy convencida de que no gana gran cosa el que

se mueve de su país, para venir á consultarlos.

Hay aquí grandes celebridades, pero según dicen nuestros médicos que vienen por aquí, parece que son más grandes á la distancia, que vistos de cerca.

Estos médicos poco son llamados á domicilio, porque sus visitas cuestan mucho, y hay dificultad para traerlos á casa. Se les ocupa para consultas en casos graves, y en los demás va uno á verlos á su domicilio, que lo encuentra siempre lleno, y hay que esperar muchas horas, á menos que uno quiera dar una pieza de cinco francos al sirviente, en cuyo caso le hace á uno pasar por otra puerta excusada, lo que forzosamente importa confabulación con su patrón, que debe recibir parte de esa propina.

Una vez en presencia del médico, éste examina bien al enfermo, y da por es-

crito un diagnóstico fundado, é indica el sistema de curación durante algún tiempo, ó hasta la terminación de la enfermedad.

Terminada la consulta se le pregunta cuánto se le debe, ó simplemente se colocan sobre la mesa dos piezas de 20 francos, que él tiene buen cuidado de mirarlas, para reclamar en el caso de que se hubiese dejado menos.

Me ha sucedido con una de estas eminencias, quo habiéndole preguntado yo cuanto le debía, me dijo : *cuarenta francos por lo menos*, con lo qué quería decir, que le podía dejar más, si me parecía.

El médico de familia, es el médico general, que no es especialista, y su honorario es de diez francos por visita. Si éste llama á consulta, no cobra él como médico de cabecera, sino el importe de una visita, aunque al otro ó á los otros, se les pague como en consulta. Esto es

justo, desde que él no hace sino exponer el caso, y no sé porqué en nuestro país, se entiende eso de otra manera.

Los médicos aquí, como en todas partes, no dejan la cama para ir á atender á los enfermos, y á fin de no dejar á estos desamparados, se ha creado desde hace pocos años, por esta Municipalidad, la institución de los *médicos de noche*.

Este servicio se hace de una manera muy simple. Los médicos, que quieren hacerlo, están inscritos en la Municipalidad, la que les abona las visitas que hacen, para cobrar ella su importe á los enfermos atendidos.

Si uno de estos necesita de un médico en la noche, no tiene sino que hacer llamar al vigilante más próximo, y pedirselo. Este ocurre á llamarlo, y lo trae á la casa, dándole por la visita un vale, que le sirve para cobrar á aquella su importe.

Al inaugurar este Consejo Municipal ese servicio, hizo un llamado á un cierto número de médicos, y apenas se llenó el número. Al poco tiempo, viendo que este servicio respondía á una verdadera necesidad, decidió aumentarlos, y entonces ocurrieron los médicos, en número de cuatro ó seis veces más del necesario.

Había sucedido, que el primer ensayo había sido de la mayor conveniencia para los primeros médicos, que habían encontrado mucha ocupación, con pago seguro. Además, se había experimentado, que el médico de la noche había sido casi siempre llamado de día por el enfermo, pues la asistencia en las horas en que uno se cree abandonado, aumenta el prestigio del que trae el alivio, y el consuelo.

Del médico al boticario hay un paso, y hay que hablar de él, que aquí tiene más

prestigio que entre nosotros, no habiendo á quien se le haya ocurrido hacer un adagio : *como pedrada en ojo de boticario*, barbaridad que tiende á hacer creer, que nuestros boticarios tienen ojos especiales.

Este otro bienhechor de la humanidad, conoce aquí muy bien su oficio. Su diploma, que lo obtiene á fuerza de estudio, y la vigilancia que se ejerce sobre él, son una garantía para el público.

No puedo decir mal de los nuestros, pero estos les son muy superiores, por ser cirujanos, y tan hábiles, que una herida curada por ellos, en un accidente de calle, no puedo serlo mejor por un médico.

Dicen, que en el siglo pasado, era el boticario quien ponía las ayudas en la vecindad. Ha desaparecido hoy éste servicio, que en cada familia, entre nosotros, lo hace siempre alguna tía vieja, ó alguna

hermana mayor, á quien Dios ha dado esa habilidad, así como á un cazador ha dado mejor puntería que á otro.

Nuestros compatriotas creerán, que por ser en París, no hay curanderos, ni cándidos que los ocupen, y se equivocan. Los hay de aquellos, como en todas partes, y de estos, quizá en mayor abundancia.

El maestro de piano de mi hija, que es un hombre sensato en lo demás, consulta á uno, y me dijo un día, que le había dicho : que él estaba enfermo, porque comía muchas legumbres, y se le había enfermado el tubo especial en que ellas se digieren. Agregó el maestro, que le había dado un vino, que en el mismo instante en que lo tomaba, sentía conmoción hasta en la punta de los dedos.

Hay, pues, zonzos aquí, como en otras partes, pero la condición distintiva del Parisiense, es la viveza.

Juzgando al Parisiense, por lo que se vé en la calle, se advierte que es muy compasivo. Ayuda á los pobres, y á todos en cualquier trabajo, ó en cualquier accidente, sin hacer lo del Inglés que pasa siempre de largo.

Cuando cae un caballo, ó no puede caminar un coche, las gentes empiezan por detenerse por curiosidad, pero acaban por prestar su ayuda, y así se vé á personas bien vestidas y de sombrero alto, haciendo fuerza, como cualquier peón, para levantar el caballo, ó empujar el vehículo.

Por los niños tienen una gran consideración, y si ven que una criatura que uno lleva, va llorando, le preguntan la razón, y aun le aconsejan que no la mortifique.

Es conocido el valor personal de los Franceses, pero los extranjeros al ver las peleas ó gritos de los cocheros, que

llegan hasta acercarse los puños á la cara, sin pegarse, juzgan lo contrario, sin considerar que si no pasan á los hechos, es porque es proferible contener el genio, que incurrir en la multa, que, con seguridad, se ven aplicar.

Esta seguridad del castigo influye mucho aquí en el órden y en la moralidad, y si la hubiera en nuestro país, no se verían tantas cosas malas, de que no quiero hablar.



3

Cosas tristes. — La exhibición de los muertos. — Los zagüanes convertidos en capillas ardientes. — Expectáculo desagradable. — La invitación al entierro. — Asistencia á la casa. — Comitiva hacia la Iglesia. — La ceremonia en esta. — Misa de cuerpo presente. — Marcha al cementerio. — La tarjeta de agradecimiento. — La casa no enlutada. — Exageraciones entre nosotros. — Los lutos y su duración. — Se sale siempre á la calle. — Funerales á las criaturas. — El luto de los sirvientes.

Tengo ahora que hablar de las costumbres de aquí, para lo más triste de nuestra vida en este mundo: para los entierros, los funerales y los lutos.

La cosa que en esto nos impresiona más á los extranjeros, es la exhibición de los muertos, en el zaguán de las puer-

tas de calle, dos ó tres horas antes de llevarlos. Al efecto, se convierte ese zaguán en capilla ardiente, tendiendo todo de negro, y colocando cortinas negras en la puerta, y se adorna el interior con velas y flores.

Es un espectáculo desagradable para el pasante, pero que debe de serlo mucho más para las demás familias que habitan la casa, y que tienen que entrar y salir por ese zaguán.

La invitación para un entierro se hace por medio de esquelas, en que figuran, no solo los parientes cercanos, hombres, mujeres y niños, sino hasta los más lejanos, de modo que toda la familia invita, que es lo natural. Algo semejante se hacía antes entre nosotros, pero ahora se ha dejado, y esto limita la concurrencia, sobre todo desde que se hace la invitación por avisos, cosa que aquí no se acostumbra.

Los invitados é invitadas, (pues las señoras asisten también á los entierros), al llegar á la casa, empiezan por inscribir sus nombres en un libro, que el portero ó un sirviente les presenta abajo. Enseguida suben al apartamento de la familia, donde son recibidos por las personas doloridas.

Llegada la hora, es colocado el féretro en el coche, y se forma detrás la comitiva, que se dirige á pie hasta la Iglesia. Allí tiene lugar el funeral, que es siempre de cuerpo presente, y que termina por echarse un poco de agua bendita sobre aquel, con un hisopo, que se van pasando los concurrentes de mano á mano.

El camino al cementerio se hace á pie, haciendo cabeza de duelo los hombres, pues en las familias distinguidas, generalmente se limitan las señoras á ir solo á la Iglesia. La despedida del duelo se hace como entre nosotros.

Á los pocos días, y como demostración de agradecimiento, se pasa á las personas que concurrierón al entierro, una gran tarjeta de luto, en que están impresos los nombres de los principales miembros de la familia.

No se acostumbra aquí enlutar las casas como en Buenos Aires, donde he visto hasta reemplazadas las cortinas blancas de las puertas y ventanas, por cortinas negras de merino, convirtiendo la sala, durante meses, en una verdadera capilla ardiente.

Esto es altamente impropio y ridículo, pero no deja de serlo también el cubrir los cuadros, los espejos, y todos los adornos, con crespones negros.

Aquí no se cambia nada en la casa, y el color negro no se vé sino en los trajes, como el buen sentido lo aconseja.

No sé porqué sumos tan exagerados en eso como en los lutos, que nunca

acaban en las grandes familias, á tal extremo los hacen largos.

Aquí en ningún momento se lleva el luto que llamaré religioso, liso completamente liso; siempre se lleva el vestido adornado de crespón, y solo una ó dos semanas se tapan las señoras con pañuelos, pero siempre con la gorra desde el día del entierro.

El luto más riguroso aquí es el de la viuda, que dura un año, y seis meses el medio luto.

Por padre, madre, suegro ó suegra, se lleva un año de luto, y tres meses el medio luto.

Vienen enseguida los lutos de abuelo y abuela, hermano y hermana, cuñado y cuñada, á los que se les da igual duración, de seis meses, y tres meses de medio luto.

Por un tío ó tía, se lleva un luto de tres

meses, y por un primo ó prima solo seis semanas, con traje de seda.

El luto del hijo es siempre largo, y se hace durar un año.

Por lo que he visto desde que estoy aquí, el luto de los sirvientes, debe ser de rigor en las familias.

Las personas de luto salen siempre á la calle, en todo momento, y el encierro de nuestro país, no es impuesto por las costumbres.

Aquí no parecería decente nuestra costumbre de no peinarse las señoras en los días de duelo, y encontrarían ridículo, si uno recibiese, como allí, en los dormitorios, en vez de hacerlo, como siempre, en el salón. Debe recibirse á no recibirse, pero nunca salir de lo que en todo tiempo imponen las conveniencias sociales.

Una cosa que me ha parecido extraña aquí, es que se haga funeral á las cria-

turas, pero se hace en la misma forma, en que se hace á los grandes.

Y no diré más sobre estas cosas con que he querido terminar estos apuntes, y que no me ha sido agradable escribir, pero que he deseado hacer conocer á mis conpatriotas para ver si abandonan exageraciones en los lutos, que no tienen razón de existir, y que no hacen sino entristecer por demás esta vida, ya por sí demasiado triste y trabajosa.



INDICE

—

I

Páginas.

LA PRIMERA impresión al llegar á París. —
Un poblado desierto. — La circulación en
las calles-Contraste con Buenos Aires. —
Los coches no se detienen. — Los omni-
bus. — La facilidad de los coches y su ba-
ratura. — Los cocheros. — Las francesas
en la lluvia. — La necesidad las obliga.
— El encierro de los apartamentos. — Sin
ver gente. — Las plazas y paseos llenos.
— Las criaturas en ellos. — Como anda
una mujer sola. — Menos atrevidos que en
Buenos Aires. — Las señoras y los niños
aquí y allí. — El saludo social y el saludo
á los muertos.....

II

Cómo se vive aquí. — La vida de hotel. — Se
pierde el nombre. — Un número como en
las Penitenciarias. — La comida francesa
en el hotel, en el restaurant y en la casa.
— La explotación está en eso. — Hasta
donde llega. — La vida de apartamento. —
El apartamento amueblado, y la explota-
ción. — Cómo la roban á uno. — El apar-
tamento sin amueblar. — Cómo se alquila.
— Todas las facilidades para el inquilino.

8.

— Comodidades para vivir aquí. — Todo lo necesario en el barrio. — Las cocineras y sus mañas. — Las sirvientas. — Facilidad para cambiarlas. — Los porteros. — Un enemigo dentro de la casa. — Las lavanderas. — El enemigo de afuera..... 11

III

La vida de afuera. — Razones de ser aquí. — Las familias en los restaurants. — Todos afuera, y aun el perro. — Las diversiones públicas en la vida de los Parisienses. — Los teatros siempre llenos. — Por qué son caros. — Los cabriones que tienen. — Las entradas de favor. — Los días de moda. — Las toilettes. — Lo que extrañan las Argentinas. — Por qué no se divierten en ellos. — Los conciertos de música clásica. — Los conciertos del verano. — Las zafaduras. — Los teatros vedados. — El Eden y Folies-Bergère. — Mercados de mujeres. — Los jóvenes Argentinos. — Pequeños fastidios en los teatros. — La *ouvreuse*, el banquito y las propinas. — La necesidad del cambio en algunas fiestas. — Otra contribución. — La diversión de los viajes. — Locura por el mar. — No para mirar piernas. — Las relaciones en los baños. — Chascos posibles. — Mi consejo..... 25

IV

La propina. — Resistencia de los extranjeros. — Después se acostumbran. — El

principio de los franceses: es preciso que todo el mundo viva. — Los sirvientes reciben propina de afuera. — Los cocheros de la casa y los lacayos. — Quienes la dan, y porqué. — Los sirvientes de cafés. — Venden sus puestos por la propina. — La propina en las fiestas de sociedad. — La bandejita indicadora. — Caso del embajador Inglés. — El 1.º del año. — Todos contra el bolsillo. — Desfile de los pretendientes. — Los empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores, y los Ministros Extranjeros. — Odiosa costumbre. — Una oposición á la propina. — El periódico *Anti-pourboire*. — Sus vendedores perseguidos. — Cómo terminó..... 35

V

Dificultad para relacionarse con los franceses. — La razón de esto. — Son poco hospitalarios. — Los extranjeros viven entre ellos. — Los Argentinos. — Cómo imitan las costumbres de aquí. — Exageraciones. — Aquí no se presenta en las visitas. — La razón de esto. — Cómo se recibe. — No se parecen á nuestras visitas. — No hay amigos de la casa. — En las comidas. — Cómo se entretiene á los convidados. — Los artistas de salón. — Los bailes. — Manera de invitar. — Facilidades para todo. — Los sirvientes improvisados..... 43

VI

La cortesía de los franceses. — No la he en-

contrado. — En los tramways y en los omnibus. — La cortesía nuestra, y sus exageraciones. — El respeto á las señoras. — Los jóvenes aquí y allí. — La cortesía en las palabras. — De cómo es mayor entre nosotros. — El saludo entre nosotros. — Las despedidas. — El buen tono aquí. — Se asemeja al de todas partes. — El <i>high-life</i> . — Las obligaciones sociales. — Obsequios recíprocos de comidas y soirées. — Forman una diversión. — La razón por la que no hacemos lo mismo. — Las esquelas para dar parte. — Contribuciones sociales. — Los pedidos para obras de caridad. — Sus diversas formas. — Cómo se da limosna á los pobres. — Los vales por pan. — Conveniencia de esto para nosotros. — El <i>rastagouaire</i> ó <i>rastacuer</i> . — Lo que es, y á quienes se aplica el nombre.....	55
---	----

VII

Los casamientos sin amor. — Cómo se arreglan. — Los intermediarios. — Manera de proceder. — La hija casadera. — Proposición á una Argentina. — El hijo para colocar. — Cómo se deja casar. — El dote. — Todó como un negocio. — Cómo se encuentran los pretendientes. — La entrevista. — Casi siempre se aceptan. — Terminación del arreglo. — Plazo para casarse. — Las visitas. — El amor vendrá. — Viene, ó no viene. — Lo que hace la felicidad. — Desgracia de una Argentina.

— La fidelidad. — Caso curioso. — El casamiento. — Las invitaciones. — La ceremonia de Iglesia. — La comitiva. — Los invitados. — Las felicitaciones. — El recibo en la casa. — Los regalos. — Cómo son éstos aquí, y la ostentación entre nosotros. — Casamiento de pobres. — Las *noces*. — Procesiones. — Las novias feas ó viejas. — Fin de la *noce*..... 69

VIII

La vida del hogar. — Cómo es ella en el gran mundo. — Monsieur y Madame. — El hogar más abajo. — El de dependientes y obreros. — Los hijos en ellos. — Su crianza lejos. — Cómo tiene lugar. — Chasco de una infeliz. — Cambio de su hijo. — Los hijos de los ricos. — La instrucción de los niños. — Porqué van á pupilo. — Inconvenientes del pupilaje. — Opinión de una niña. — Cuidados por ésta en la familia. — El pupilaje de los varones. — Terminación de la vida del colegio. — Libertad para los varones. — Los peligros de la vida de París. — Como los de todas las grandes ciudades. — La decantada inmoralidad de París..... 85

IX

La moda. — Ideas que tenía yo antes de venir. — Las modas poco varían. — Lo que duran, y cuál es la razón. — Los figurines no siempre representan la moda. — Debe

confiarse menos en ellos. — Dónde se ven las últimas modas. — La elegancia de los Parisienses. — Cómo se visten. — Cómo lo hacen con economía. — El traje de calle. — El hijo para el carruaje ó las visitas. — Contrastes con Buenos Aires. — Cómo se visten las solteras. — La elegancia en la sencillez. — Opinión de las costureras. — El calzado y los guantes. — No hay que mortificarse. — El peinado y la pintura. — Las costureras y las modistas. — Sus mañas. — En guardia contra ellas....

93

X

Facilidades para comprar en París. — Las pequeñas tiendas. — Engaño á los extranjeros. — Los precios de las vidrieras. — La habilidad para vender. — Dónde deben comprar los extranjeros. — Las grandes tiendas ó bazares. — Tienen de todo. — Allí compran las Parisienses. — Cómo se compra. — El precio fijo. — El derecho de devolver lo comprado. — Limitaciones para esto. — Los vestidos, los tapados, y las gorras en esas cosas. — Las polleras arregladas. — Los exposiciones de estas tiendas. — Rebajas de precios. — Los atractivos. — Salones de lectura. — Los refrescos. — Los regalos. — Las cosas de ojito. — Las compras en el Hotel de Ventas. — Cómo nos clavan. — Compras con comisionistas.....

10

XI

Páginas.

Los médicos. — Más grandes de lejos. — Los médicos de consulta. — Sus honorarios. — El médico de familia. — Las juntas. — Los médicos de noche. — Su utilidad. — Cómo se les llama. — Cómo se les paga. — Los boticarios. — Son buenos cirujanos. — Los del siglo pasado, y la administración de las ayudas: — Quién los reemplaza entre nosotros. — Los curanderos. — Hay cándidos aquí, como en todas partes. — Condiciones distintivas de los Parisienses. — Consideración por los niños. — Cómo auxilian en la calle. — No pasan de largo como los Ingleses. — Peleas de los cocheros. — Porqué no se pegan. — El miedo á las multas. — Un defecto general. — Recuerdo á nuestras solteronas..... 119

XII

Cosas tristes. — La exhibición de los muertos. — Los zagüanes convertidos en capillas ardientes. — Espectáculo desagradable. — La invitación al entierro. — Asistencia á la casa. — Comitiva hacia la Iglesia. — La ceremonia en ésta. — Misa de cuerpo presente. — Marcha al cementerio. — La tarjeta de agradecimiento. — La casa no enlutada. — Exageraciones entre nosotros. — Los lutos y su duración. — Se sale siempre á la calle. — Funerales á las criaturas. — El luto de los sirvientes..... 129





THE PAUL DUPONT

